





## *Ajuste de cuentas*

© SOLEDAD GASMAN, 2015  
© EDICIONES ALTAZOR, de esta edición año 2015  
Valparaíso 694, local 14  
Teléfono (56-32) 271 1391  
Viña del Mar/Chile  
editor@altazorediciones.cl  
www.altazorediciones.cl

AJUSTE DE CUENTOS  
Registro de Propiedad Intelectual N° xxxxxx  
ISBN 978-956-9205-xx-x

Derechos Reservados

Producción editorial:  
Altazor [ediciones&diseño]

IMPRESO EN CHILE | PRINTED IN CHILE

# Ajuste de cuentas

**SOLEDAD GASMAN**



**EDICIONES ALTAZOR**



---

## Índice

Prólogo .....	9
Como usted me lo mande yo lo voy a hacer .....	13
Vista visión .....	15
Emilia la cantadora .....	19
El titiritero .....	29
Reportaje: esa no soy yo .....	33
La promesa .....	39
El chalecito azul .....	43
Dolce Gabbana .....	47
La visita de Daniel .....	53
Se vende .....	57
Il terrenale affano .....	65
Ajuste de cuentas .....	73



---

## PRÓLOGO

Quisiera abrir este prólogo al trabajo de Soledad Gasman con una breve constatación. En la actualidad las discusiones críticas en torno a la comunidad proliferan, específicamente sobre su condición en nuestras sociedades proyectadas a futuro. Desde cada campo y disciplina, y con diferentes nombres, percibimos un fuerte anhelo de construir comunidad. En sus reflexiones, Walter Benjamin establece en variedad de tonos que logramos percibir un hecho acuciante precisamente en el momento de su desaparición. Pareciera ser que la salud o la plenitud de los sucesos imponen un velo sobre aquello que, en trastienda y con vulnerabilidad, busca y desea expresión. Este deseo de comunidad se advierte, paradójicamente, en su fuga. Como advierte Jean-Luc Nancy, la inoperancia de la comunidad es la fisura que nos vuelve a la autenticidad de los lazos colectivos.

La literatura no ha sido indiferente a este llamado. Tampoco uno de sus objetos predilectos: la escritura. En los relatos de Soledad Gasman reunidos en *Ajuste de cuentas*, la autora entrelaza historias locales con un sentido estético que nos habla de paisajes poco explorados, el traspaso de límites al interior de quebradas y parcelas, y sujetos que se debaten entre la vida cotidiana y sus crisis. La autora construye estos relatos con narradores siempre atentos al sobresalto de lo cotidiano, pero al mismo tiempo desarmados: son voces que están allí para narrar, y no

necesariamente para cimentar un saber o un conocimiento sobre lo narrado. El surgimiento de ese saber, en tanto iluminación del cuento y sus temas, lo debemos a la voz del lector. Estos cuentos nos invitan a crear, a reescribir en nuestra memoria individual y colectiva los paisajes que conforman la escritura de Gasman.

Esta reescritura aparece repetidas veces. En “Reportaje: esa no soy yo” la trama parece guiarnos con cierta seguridad a un sitio seguro, a una interpretación, pero de improviso el paisaje campesino deviene algo más. En este caso hablamos de un paisaje humano: los personajes se reconocen complejos, amplios, desprovistos de una única forma de ser. La periodista de la radio local, entre ranchos y caminos polvorientos, busca un material que los habitantes del lugar desconocen. La identidad a ciencia cierta se convierte, desde luego, en la contrapartida de una otredad que el lector advierte en todas direcciones. La escritura, en este sentido, reclama enfática “esa no soy yo”, como uno de sus personajes. El género cuento, desde esta perspectiva, también insinúa otras posibilidades discursivas y estéticas. El habla reconocible de los personajes sugiere, como en una doble lectura, no sólo deseos y sentimientos específicos, sino también un modo de estar en el mundo que compromete un pasado tradicional y un presente en constante transformación.

“Vista visión” ofrece un matiz comunitario desde la relación filial. Es éste un vínculo que se va enhebrando a través del recuerdo y el dolor, y en diversos tránsitos espaciales que van del paisaje de los cerros tierra adentro al paisaje marítimo en Valparaíso. Nuevamente el debate entre modos tradicionales de “ver” la vida y sus versiones modernas tensionan la subjetividad de los personajes. Los repertorios situacionales y espaciales en estos cuentos son fruto de una construcción mediatizada por la cultura rural y urbana. Observamos, así, paisajes que se constituyen a

partir de su interpretación en la escritura, tanto por parte de la autora como de los lectores. El paisaje como el lugar “cercado” de una cultura propia sugiere, en el trabajo de Gasman, el lugar de una escritura donde la tesitura del idioma cotidiano se funde en imágenías rurales y agrícolas. Estas imágenes, como sucede en “Vista visión”, alcanzan relieve poético cuando se las contempla desde una ciudad portuaria en la que el vuelo de las gaviotas nada sabe de las íntimas tribulaciones de la muerte.

Estos relatos, representativos del trabajo de Gasman en *Ajuste de cuentos*, se desarrollan al amparo de un paisaje físico poco explorado y que, no obstante, presenta importantes relieves en cuanto a su poeticidad. El paisaje de las quebradas, sitio que se aloja casi inadvertido en la zona central de nuestro país, posee una riqueza expresiva que la escritura no tarda en hacer visible. Ante esto, los cuentos constituyen una inflexión relevante. No sólo abordan este paisaje desde un punto de vista literario, sino además como metáfora de los conflictos entre tradición y modernidad. Es precisamente este tiempo el que orienta las disyuntivas de sus personajes, en ocasiones “encajonados” como las mismas quebradas que habitan. Finalmente, los cuentos de Soledad Gasman abren un espacio de enunciación inédito, vinculado con áreas semi-rurales que interactúan con el progreso, la migración y el despliegue sorpresivo y sorprendente de la vida cotidiana. Los personajes de estas narraciones son reconocibles tan pronto sus cuerpos y afanes revelan la búsqueda de autenticidad y, creemos, la realización de una comunidad.

**Andrés Ferrada Aguilar**

Doctor en Literatura

Profesor de la Universidad de Playa Ancha  
y Universidad de Chile



---

## Como usted me lo mande yo lo voy a hacer

Acá en Lliu-Lliu me dicen que hipnotizo con mis cuentos. Yo misma me sorprendo cómo invento cuando es necesario y cómo también digo la verdad tal cual a quien sea. Así me pasó esa vez cuando con catorce años me fui de la casa. Vivíamos en Parral y me vine a Valparaíso de pavo sin un peso encima. Lo pensé bien. Ya no quería más los golpes de mi papá, ni trabajar por él en la fábrica de escobas. Ni menos que me echara la culpa de cualquier cosa que ocurría. En su fábrica empecé a trabajar a los siete años y pasé a ser jefa a los nueve, todo para que después él fuera por ahí y se gastara la plata. Me gustaban mucho las máquinas que él mismo había inventado; llevar las cuentas, pagar los sueldos, y sobre todo ir al puesto en la feria a vender las escobas confeccionadas con esa máquina grande, la que un día me agarró el brazo y su enorme rueda me llevó dando la vuelta hasta el techo. Entonces tenía ocho años y mis compañeros ya me decían la araucanita burlándose de mí, porque cuando la profesora me preguntaba en la escuela dónde nació usted, yo le respondía de un tirón: en Lebu provincia de la Araucanía. Mi mamá se encargaba de la casa y de los ocho hijos que mi papá entre borracheras y palizas le fue haciendo. Yo había sido la segunda. Desde el día en que vino un amigo de mi papá y lo echó a perder me hice cargo de todo lo demás. Es que siempre fui buena para los números, era buena alumna; tan buena que a los trece años me gané una beca al internado de Chillán para

terminar mi educación. Cuando me llegó el diploma del gobierno no podía de contenta, pensaba que tanto trabajar me había servido, que alguien por fin reconocía lo que hacía. El corazón me bailaba imaginándome fuera de los golpes, de la casa de mis padres, viviendo en Chillán en ese internado. La de cosas que podría aprender, porque todo me interesaba, como mi papá que de puro mirón se dio cuenta de la falta de escobas en Cauquenes. Aprendió a tratar la curahuilla, a limpiarla de semillas, a azufrarla; y esas prensas que inventó, incluso la enorme con la rueda que me agarró el brazo y otras más. La de las escobillas de lavado y las de ropa, que mi mamá después decoraba, y ¡se vendían!

Como decía, me llegó ese diploma de becada en Chillán. Mi papá lo rompió en mil pedazos frente a mis ojos, diciendo que no necesitábamos migajas del gobierno. El mundo se me vino abajo, mi papá me obligaba a quedarme porque yo era su empleada. Si yo me iba él tendría que trabajar. Planeé bien mi huida y me arranqué una noche fría de invierno. Cuando por fin salí a la calle, me encontré sola en medio de la oscuridad. Mi único pensamiento hasta ese momento había sido huir como fuera, ya vería qué haría después. Entonces, lo primero que se me ocurrió fue ir a dejar una constancia en carabineros para que no me buscaran. En la comisaría el sargento me miró de arriba abajo y luego de anotar mi nombre y mi edad me preguntó por qué quería irme. Le expliqué los golpes que mi papá me daba y empecé a levantarme el vestido. Extendió su mano para que no siguiera y llamó a un subalterno. Le pidió una frazada y me llevó a la habitación del lado donde me quedé dormida como tronco, hasta que desperté escuchando la voz de mi papá. Venía a dejar constancia que yo me había desaparecido. El sargento le hizo una serie de preguntas y me llamó: había venido con mi mamá. La pobre entre asustada y contenta de verme se reía nerviosa. Ahora el sargento sí aceptó ver mi espalda. Subiéndome la blusa,

rápidamente le dije que también viera la de mi mamá. Amenazó a mi papá diciendo que eso se pagaba con cárcel, que si alguna vez más escuchaba que nos tocaba, de inmediato iría preso. Me volví a la casa con ellos. Ninguno de los dos me habló. No hubo más golpes para mí. Las ventanas a la calle y posibles vías de escape de la casa se tapiaron conmigo adentro. Me demoré tres días en dar con un resquicio por el cual arrancarme. Me subí a un bus en medio de otra gente y me ubiqué entre los bultos. Al bajar en Valparaíso –lugar donde parece vivía una tía lejana a la que no conocía– nadie me preguntó nada. Así llegué vestida con mi uniforme de liceo a la Plaza O’Higgins, una mañana fría y ventosa de invierno del año sesenta y cuatro. No sabía qué haría, sólo tenía el convencimiento de quedarme, pero no había pensado en el hambre que empezó a molestarme, ni menos en el viento helado que entraba en mi pollera. Entumida y hambrienta deambulé por el paradero, cambiando de lugar para no despertar sospechas. Fingía estar esperando o buscando a alguien que no llegaba. Así pude fijarme en la mujer que vendía pasajes detrás de una ventanilla. Algo me dijo en el corazón que ella me ayudaría. Seguí dando vueltas: me atrevía a alejarme caminando dos cuadras para un lado y luego dos cuadras para el otro, siempre teniendo como referencia el paradero. En una de esas caminatas leí en un kiosco un letrero que anunciaba: “se necesita niñera, Avenida Argentina 180, 4 piso”. La dueña del kiosco me explicó de qué se trataba ser niñera, no había oído esa palabra. Tampoco había cuidado niños ni menos guaguas, eso lo hacía mi mamá. Me volví al paradero, por lo menos tenía algo en qué pensar. Poco antes de terminar su jornada la boleterera me llamó y de pronto, me escuché contándole que había venido a la casa de una tía, que mi tía no había llegado a buscarme y que había perdido su dirección. No conocía el lugar, ni tenía dinero, pero sabía que mi tía llegaría en algún momento, así es que le pedía

que por favor no me llevara a los carabineros. Ella me volvió a mirar, tenía el pelo completamente rizado. Me pasó la mano por la cabeza y recordé mis trenzas: mi mamá dividía mi pelo largo y liso en dos trenzas que llegaban a mi cintura. Antes de salir, me las había cortado a la altura de mis hombros. La buena mujer me indicó que después que ella se fuera esperara en un rincón a que un hombre gordo cerrara la cortina de los locales. Que cuidara muy bien que él no me viera, ella me dejaría la puerta de la boletería abierta. Pequeño y menudo como era mi cuerpo no me costó mucho hacerlo invisible al hombre aquel, y cuando desde la boletería escuché el sonido de la cortina metálica ya estaba envuelta en la frazada, comiéndome el pan y bebiendo el té caliente que la buena mujer me había dejado. A la mañana siguiente desaparecí en cuanto oí al hombre. A esa hora recién empezaban los movimientos de la ciudad, vi pasar algunos niños de uniforme de la mano de sus padres camino al liceo. Volví al kiosco para comprobar que el ofrecimiento seguía en pie. Me aterrorizaba ir a tocar ese timbre. El hambre y el frío me obligaban a estar en movimiento permanente y de a poco me fui convenciendo que el aviso era mi única opción. Arranqué el papel del kiosco y me fui en busca de la dirección. Era un edificio de color rosado, subí la escala, en cada descanso me tomaba unos buenos minutos antes de continuar. Frente a la única puerta del cuarto piso estuve estirando y recogiendo mi brazo tembloroso: llegaba al timbre con los dedos de mi mano y algo dentro mío me impedía continuar. Sentía que mi estómago se contraía y que mi corazón se arrancaría de mi cuerpo bailando solo por ahí. Finalmente, mis oídos espantados escucharon un sonido ronco y potente. La puerta se abrió. Ante mis ojos apareció la mujer más linda que he visto: con mucha amabilidad me preguntó qué buscaba. Le mostré el anuncio y un torrente de palabras arrancó de mi boca, yo no había cuidado niños, pero como ella me lo mandara yo lo

haría, yo había trabajado... yo... Me miró con cariño y llamó a su hija: ella decidiría si yo podía quedarme a cuidarla. Una niña de unos cuatro años salió al llamado de su mamá y luego de dar dos giros en rededor mío inspeccionándome, dijo, "sí, que se quede". En el departamento trabajan una cocinera y una niña para el aseo, yo era atendida por ellas al igual que la niña Anita María, con quien dormía en una habitación que me pareció enorme. Mi único deber consistiría en mantener a la pequeña entretenida, pero antes, fuimos con la señora de compras. Ella caminaba con su porte de reina y su mirada clara, después supe que era yugoslava y que por eso su piel era tan clara. Recuerdo que la tienda se llamaba "La Casa del Pie Chiquitito" y que salí con tres tenidas completas nuevas. En la tarde conocí al padre de Anita María, era dueño de una empresa de suministro de gas. El matrimonio ya sin hijos, siendo los dos mayores, había adoptado a Ana María, a quien colmaban de atenciones... y dinero. Cada vez que nos íbamos de paseo, su papá me llamaba y me entregaba una buena cantidad de billetes para que los gastara en lo que Anita me pidiera. Demás está decir que la pequeña era una tirana consentida a la que fui domando a punta de historias. La primera de ellas consistió en convencerla que si se compraba todos los globos de gas que el señor ofrecía en la calle, se iría volando al cielo y no habría quien la bajara. Después ocurrió algo parecido en la pastelería: quería llevarse todas las tortas que le gustaban. Nuevamente recurrí a un cuento: si se las comía se convertiría en pastel de manzana porque los hombres veníamos de un manzano... de manera que volvimos al departamento muy contentas y con los billetes de vuelta, a entregárselos al papá. Los fines de semana nos veníamos los cuatro a Lliu-Lliu a la quinta "Anita María". Acá la situación era la misma, la pequeña tirana aplicaba todo su rigor para lograr sus deseos, los que sistemáticamente fui canjeando.

Con esa familia yugoslava pasé cuatro años. Al poco tiempo de estar con ellos, el papá me preguntó si sería capaz de manejar los dineros de su empresa: “como usted me lo mande yo lo voy a hacer”. Fui su secretaria de confianza hasta que algo ocurrió en este país que ellos decidieron regresar a Yugoslavia, y yo volví a quedarme a la deriva. Lo que vino después... es parte de otro cuento.

---

## Vista visión

Inés, la chica con que salía los fines de semana, era entretenida y cariñosa, iba diciéndose ese lunes al estacionar su auto en el subterráneo. Era una mañana tibia de otoño, el comercio aún no abría y una brisa suave venía del mar. Las personas caminaban de prisa hacia sus lugares de trabajo. Sólo él, paseaba con lentitud su satisfacción que lo hacía mirar el entorno con alegría. Saludó al conserje del edificio y entró al piso de las oficinas silbando. Una mano en el bolsillo, la otra en la corbata color salmón. Leyó con orgullo frente a su puerta la placa que decía “gerencia”, entró y colgó su chaqueta. Hacía poco que lo habían ascendido. Muy pronto sería él quien ascendiera a sus empleados, pensó y echó un vistazo a su oficina. Emplazada en el último piso de una torre, miraba al mar y a los cerros de Valparaíso; era amplia, luminosa y, lo más importante, olía a limpio. La luz entraba en ese momento por el ventanal que abría hacia el oriente y cruzaba perdiéndose hacia el poniente. No por nada don Samuel lo había apodado: ‘vista visión’, sonrió, tomó asiento y continuó admirándose de sí hasta que la voz de su secretaria lo interrumpió: “¿Una vecina?” preguntó extrañado y tomó el auricular. Una voz lejana y nerviosa le preguntó: “¿Hablo con el hijo de la señora Luzmira Valdebenito?”. Aguardó en silencio hasta que la voz le comunicó que la anciana había fallecido la noche anterior.

Colgó bruscamente y se puso de pie, de espaldas al mar. El ascensor “El Peral” desaparecía cerro arriba, su mirada quedó fija en los rieles oxidados. Su madre había muerto. La última vez que la había visto, ella le había recriminado lo poco que la visitaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces, un año, dos, tres...? Su maldición regresaba y con ella el olor agrio de la habitación donde había vivido de niño con ella. Ese olor a pobreza que no se iba de su nariz. Ahora lo sentía en su ropa, en la oficina; se acercó al ventanal que daba al norte.

En el puerto, una barcaza avanzaba hacia altamar. Una grúa levantaba un contenedor desde la cubierta de un barco. Las gaviotas revoloteaban entre las olas. Su mano descendió hasta su corbata: a ella no le gustaba que vistiera ‘de caballero’ y él se había empecinado en ser uno de ellos. “Tú soy de campo aunque no te guste”, le decía ella. Los carros del metro entraron a la estación. Había fallecido. Su madre ya no existía y el último vestigio de su maldición, ¿desaparecería...?

Vino a su mente la imagen de Lucho, el “tío” que había llegado a la casa cuando él no tenía más de nueve años. Lo recordó sentado en la carreta cargada de sacos de carbón. A un costado estaba su madre –balanceando sus piernas arqueadas y su cuerpo menudo y astroso– y le pedía al hombre que no olvidara el pan y una botellita de aceite. Luego de presentárselo, ella le había dicho que estaba grande para seguir durmiendo con ella.

“¡Un tío!”, pensó ahora con la mirada fija en el horizonte. Un desgraciado, un aprovechador, aunque ella también había tenido su parte en el asunto, que no se hiciera la mosca muerta.

El frío se colaba por las rendijas de la casucha que bordeaba el camino de la quebrada. Su cuerpo de niño se curvaba entre las mantas para adquirir calor. El colchón olía a orina. Lo habían recogido de la calle y lo habían arrastrado hasta la casucha. En

la única cama del cuarto ahora dormía ella con el tío. Las risas de su madre aún le golpeaban los oídos. Y después, su grito: “¡cochino!”.

“Cada cual tiene lo que se merece”, le había oído decir a don Samuel. A los catorce años, él lo había contratado para limpiar el guano de sus gallineros. Lo había sacado de la casucha, lo había impulsado a estudiar: “tienes cabeza, cabro. Tienes vista de águila. Sí, y tienes olfato como ninguno. ¡A salir adelante, ‘vista visión!’”, lo empezó a llamar el día que Germán le habló de las parcelaciones que se estaban haciendo, que por qué no vendía la tierra a pedazos, eso le daría mucho más que las gallinas, le aseguró y Don Samuel lo había escuchado y había dividido el terreno.

A su madre no le gustaba ‘ese señor’, como llamaba a Don Samuel. “Te vai con él y volví como si fuerai otro”, le decía. Y eso era justamente lo que él quería, ser otro. No un cabro de campo, no el hijo de una lavandera de uñas carcomidas. La vio escobillar contra la artesa bajo el espino, enjuagar y tender la ropa con las piernas empinadas y los dedos que ya se le empezaban a encorvar. Se preguntó cómo serían las manos de un muerto, cómo estarían ahora las de ella, ¿abrazadas, empuñadas, abiertas?

Las aves seguían revoloteando aquí y allá, entre las embarcaciones. Se movían en grupos, subían, bajaban. Los muertos en cambio... al ataúd y al cementerio en una carroza. Un cortejo pobre, sin flores sería el de su madre. Iría de prisa para acabar luego el asunto. Rápido, como la carreta de Lucho por Bellavista. Él sentado a su lado. Hacían la entrega del carbón y después pasaban por una cerveza. De regreso él conducía y Lucho iba tirado atrás.

Aquella vez, como tantas otras, su madre bajó a Lucho y lo entró a la casa a la rastra, recordó. Él sacó los aperos al caballo

y lo soltó a los cerros de la comunidad. Luego esperó junto a la puerta. Adentro, su madre gritaba, Lucho se había despertado ¿la perseguía, la golpeaba? Bien sabía él lo pesadas que eran las manos de Lucho... giró su cabeza. Los carros del metro salieron de la estación y avanzaron hacia el oriente. Siguió su paso hasta que dos suaves golpes a la puerta de su oficina lo trajeron a la realidad: tomó el teléfono y dijo a su secretaria que postergara la reunión. ¿Habría llegado alguien a la casucha? El ataúd debía estar apoyado sobre las sillas de totora en la habitación sin ventanas. Sintió otra vez el olor a pobreza en sus narices. Necesitaba salir: ese olor agrio, desagradable que se había prometido no volver a oler estaba en sus narices.

Se dirigió al muelle, el mar empezaba a agitarse, las olas golpeaban el malecón y retrocedían, mientras las gaviotas seguían revoloteando, como las moscas en la habitación con piso de tierra apisonada de la casa de su madre; donde la puerta entreabierta abría a otra habitación ciega, la de cama sin hacer; los perros estarían inquietos afuera, probablemente sus aullidos habían avisado a la vecina... El rumor de la muerte de su madre ya habría alcanzado a todos. Se mirarían y preguntarían por el único hijo, el rico. Nunca le había importado lo que dijeran. Ahora ella estaba muerta y ya no contaba su opinión.

Caminó entre la gente. ¿Cuándo había sido la última vez que había escuchado su voz? ¿Había sido una Pascua? Ella no lo había mirado a la cara, el rostro lleno de recriminaciones, de rencor, había pensado él y se había ido.

“¿Lo de siempre?” escuchó que le preguntaba el mozo en la cafetería. “Sí, lo de siempre”. Cada cual tenía lo que se merecía: él estaba frente a su café y ella... ¿se merecía haber muerto pobre?, ¿había sido justo con ella?

El olor agrio regresó a sus narices. Sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo desde sus tiempos de trabajador en la quebrada y aspiró su perfume. Ella no había querido nada de él, mientras Lucho vivía. ¿Era posible que un hijo fuese un estorbo para una madre? Se miró en el espejo del café: cuarenta años. ¿La mitad de su vida o menos?

Caminó sin rumbo. Levantó la mirada hacia el pedazo de cielo que se divisaba entre los edificios. Lo vio gris y plano. Siguió avanzando y se detuvo frente a la vitrina de la librería que solía visitar. Qué absurda le pareció su costumbre de ir coleccionando frases para deslumbrar. Entró al local y se paseó entre los mesones. Tomó un libro, leyó el título y lo dejó, luego cogió otro y lo mismo. No sabía muy bien qué hacía ahí. Continuó tomando y dejando libros hasta que el vendedor lo reconoció: era el hombre que caminaba como cowboy, que solía echar un vistazo y salir, le preguntó qué buscaba. Germán le dio la espalda. Vuelto hacia los estantes, pensó que desde el principio todo lo había hecho por ella, para contradecirla, para llamarla, para decirle mírame, escúchame. Todos esos años esperando que ella cediera, que ella... lo quisiera, se dijo finalmente llorando. Pero no lo había querido y pasaría el resto de su vida sin saber por qué.



---

## Emilia la cantadora

Apenas empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, Luis encendió el fuego en la cocina a leña, acercó los pisos y esperó a que fueran llegando los de la casa. Cuando todos acudieron, Don Rigoberto le pidió que contara una de las historias de la Quebrada. El campesino sonrió, achinando más los pequeños ojos que tenía en la cara de boxeador. Atizó el fuego, tosió un par de veces, acarició al Juan Laucha –su perro– y entre inspiraciones y expiraciones sonoras, se largó.

“Se acuerda don Rigo, hace unos cuantos años, cuando la tele era en blanco y negro y nos juntamos donde don Manuel, que entonces mantenía la parcelita esa junto al estero. Debe de haber sido bordeando septiembre, porque el estero todavía traía agua, eso lo recuerdo bien, y usted sabe que ya por agosto se empieza a preparar la festividad nacional por estos pagos. Así no más fue, que vino don Manuel y me encargó una cantadora para un asadito que haríamos el domingo. Eso de la cantadora, oiga, fue un incordio que usted no sabe. Cuando fui a preguntar por la única que conocía me dijeron que había ido a médico; pero en la misma casa de comidas me hablaron de una prima suya que hacía el servicio. Para allá me fui: la pillé de sorpresa. Mire, cuando la vi me dije, esta señora no canta ni pío, estaba bien a mal traer y como que la boca se le fruncía al hablar con los labios chupados de momia. Cómo será para cantar pensé yo para mis adentros. Al principio me pareció de

poco decir: estaba equivocado. Al ratito que llegué se perdió detrás de una cortina y volvió más alentada. No está tan mal, pensé y empezamos las tratativas. Que sí, que no, que el viaje, que tenía que dejar el rancho. Buen dar con la señora fregada. Bien, llegamos a conclusión, oiga, y la dejé hablada para el domingo del asado. Llegaría a medio día y se quedaría hasta el atardecer, y si la cosa iba para largo, aceptó alojarse donde la Teresa y seguir animando la cuestión. Y llegó de mañanita. Al Juan Laucha lo tuve que amarrar que si no se la come. Ella se me acerca y un perfume oiga, que me tira de espalda. Yo miré al Juan Laucha y le di razón. Tomó asiento y ahí sentadita no más empezó a decir que esto yo lo hago así, que mejor eso lo pone allá, que la cebolla y que la carne, tanta recomendación daba la señora, que me tenía como aturdido y yo que en un principio había creído que era medio muda. Solté no más al Juan Laucha y llegaron los viejos cuando recién habíamos tirado la carne. Don Manuel sacó los tintos, llegó usted y los otros y empezó la fiesta. De repente no más que se larga la Emilia con las canciones y toditos escuchando contentos hasta que la invitaron a la mesa, aunque yo por lo bajo previne a don Manuel, mire que nos va a cansar, le dije. Oiga, la señora para conversadora y un declive, los vasos se le hacían pocos en las manos. Dijo que la carne le escocía el estómago y otras partes que nombró. Nos quedamos para largo, eran más de las cinco y seguíamos ahí. Ella se paraba, cantaba y volvía sujetándose. A esas horas estábamos todos medios puestos, como se dice. Recuerdo que usted don Rigo se paró y se fue, pero los otros como que teníamos apernadas las piernas. El Juan Laucha dormía tranquilito. Era de noche cuando vi que la cantadora se ponía de pie. La sentimos vomitar detrás de un árbol como si tuviera un león adentro, se demoró hartito en volver a la mesa y cuando vino estaba como desencajada oiga. La cara se le había

puesto bien rara, como chupada de boca, y claro me dije yo, con tanto alcohol en la sangre, cómo no. Pasaron las horas y el tinto no fallaba, pero la cantadora nada de nada. Seguirá mal del estómago me dije, y me acerqué a darle palabra, porque el compromiso es el compromiso, usted sabe, y en eso estaba cuando veo al Juan Laucha pasearse por frente de la mesa, como se dice, aculado. Pasaba para un lado y volvía para el otro. Entre tanto tiramos más carne a las brasas y seguimos dándole, pero el Juan Laucha pasar y pasar por delante. Buen dar con el perro pesado pensé yo, justo ahora venir con cosas. Aunque la conversa seguía y el tinto también y tanto, que poco nos acordábamos de la mujer sentadita ahí con cara de momia y callada; mientras el Juan dale con la tontera y mirarme con ojos como desesperados. Me paré entonces a ver, me acerco y lo tomo de lado, diciéndole, qué tienes bandido y él me mira con ojos bien abiertos. Le sobo la espalda y se queja. Está bien raro esto me dije, y lo correteé, pero al ratito vuelve con la misma lesera. Arrastraba el culo y lo sobaba con insistencia en la tierra. Vamos a ver qué hay me dije y lo levanté de atrás. Los viejos me gritaban deja a ese condenado y vente para acá. Pero uno tiene sus sentimientos oiga. Está mejor el tinto que tu perro me decían entre risas. Pero yo no lo podía dejar así no más. Lo volví a levantar de atrás, tenía algo en el trasero, como un tapón. Ganas me dieron de darle una pateadura. Qué te fuiste a comer por ahí, le dije golpeado, pero aullaba tanto cuando le metí la mano y no adivinan con qué me encontré...”

Los que escuchaban intercambiaron miradas, a Luis le sonreían sus pequeños ojos mientras aguardaba por la respuesta. Atizó nuevamente el fuego, la lluvia no cejaba. Uno de los oyentes empezó a titubear, él lo miró con pillería, lo dejó equivocarse una y otra vez hasta que entre inspiraciones y expiraciones sonoras les largó:

—La placa de dientes de la cantadora, oiga, y la cantadora me la quitó de las manos en un santiamén, corrió al estero y volvió a cantar—.

---

## El titiritero

A la escuela de “El Patagüal” se llega bordeando la huella de lo que fuera un estero de aguas claras en las que se reflejan las hojas de los eucaliptus. Juvenal Ordenes, el mejor alumno de la escuela de Buin, había estudiado para ser profesor y había llegado a hacerse cargo del establecimiento; allí creó una huerta, aplicó los distintos programas de educación, se debatió entre preguntas acerca de la naturaleza y el universo, perdió su fe para luego recuperarla y graduó a veinte generaciones de estudiantes, que todavía lo recuerdan jugando a la pichanga o diciendo nombres raros al pasar junto a los árboles.

Esa mañana de invierno, Juvenal debió tomar el curso de la profesora de ciencias, ausente por gripe. Al entrar a la sala de clases escribió en la pizarra: “Fusis, Natura, Naturaleza”. Esperó que los alumnos leyeran y los instó a mostrar sus conocimientos. “Espuma de olas...” dijo un niño con ojos que encendían chispas. Juvenal, le sonrió, giró la vista hacia la ventana y pensó en Neruda, en Mistral, luego su mente divagó por Chillán, por Elqui. Los chicos y chicas se empezaron a impacientar, sabían que las clases del director iban avanzando como motor sin gasolina: decía una cosa y se detenía, luego otra, nueva detención, un grito y silencio total. “Se le acabó la bencina señor director” gritó el que hacía de payaso y todos largaron una carcajada. Juvenal alejó sus reflexiones y moviendo su cuerpo como si atajara una pelota largó un “¡cuidadito!, que no es hora de pichanga”. Los

alumnos sonrieron y callaron. Juvenal los animó por segunda vez, a decir qué sabían de la Naturaleza y el portento de la escuela gritó: “la luna, las montañas, el aire.” Juvenal dijo “¡bien! ¿qué más?” “Las plantas, la tierra, los pájaros...” siguió respondiendo el mismo niño. “No escucho qué dicen los otros”. Una chica leyó su cuaderno de ciencias: “Todos los seres y cosas que existen...” “Ahá... todo lo que existe, ¿y este lápiz?”. Los alumnos se miraron, se rieron, murmuraron tonteras y enmudecieron. “A ver niños, ¿quién hizo este lápiz?”, el portento dijo que una fábrica, una máquina. “Y, a la naturaleza quién la hizo?”, “Dios” contestó en voz baja una de las niñas, pero Juvenal no la escuchó. “¿Cómo creen que se formó?”. “De a poquito” dijo la misma chica, mientras el portento se apuró a señalar con mucha convicción: “de un hoyo oscuro.” ¿Sí, y cómo fue eso? El chico que había contestado, bajo las miradas de sus compañeros, ladeo los hombros, inspiró, cruzo sus manos y no dijo nada. “Era el tiempo del patas negras” gritó el chistoso entre risas, “y del chupacabras”, agregó otro tirando un papel a una de las jovencitas, porque el director ya se había alejado en sus meditaciones. “No se pongan pesados” exclamó una chica que hablaba susurrando. Los papeles volaban de escritorio en escritorio, los alumnos reían y empezaban a cambiarse de asientos. Uno de ellos sacó un sándwich de arrollado y otro gritó “¡convídate chanchito!” La joven del aseo se asomó por la puerta y al ver al director se retiró. El niño que respondía a todo los hizo callar, la chica que había nombrado a Dios se comía las uñas y su compañera de asiento empezó a zapatear. “A ver, a ver”, gritó Juvenal de pronto con voz de trueno y la sala quedó en silencio: “¿cómo de un hoyo oscuro?”. Los alumnos se miraron, giraron el rostro hacia el portento y el chistoso gritó: “es que se había cortado la luz”. Juvenal sonrió. “Por el momento dejemos eso de la oscuridad, vuelvan a sus asientos”. Los que estaban de pie obedecieron, sabían que el director les soltaría un

cuento. Juvenal, se pasó la mano por su escaza cabellera crespa, luego rozó su nariz granujienta y dijo: “les voy a contar algo que leí recién en internet. Pero antes quiero que piensen si este lápiz es o no natural”. Tomó el lápiz, lo levantó, lo rotó lentamente y lo partió en dos. Los examinó minuciosamente con la mirada y dejando el lápiz en el escritorio señaló: “un niño de unos cinco años que vivía en una granja con sus padres, quienes se dedicaban a la producción de mimbre, observó un día un cerco de palos brotados de los que colgaban alambres de púa oxidados. Extrañado, le preguntó a su papá de qué se trataba, y él le explicó que alguna vez había habido allí un cerco de estacas de mimbre y alambre, pero que las estacas se habían convertido en plantas”. Los chicos se miraron otra vez y como el director se había quedado estático, los papeles volaron de nuevo y los pies empezaron a impacientarse hasta que sonó el cambio de hora. La tarea consistiría en una composición, cuento, poema, lo que quisieran, en la que se explicara la diferencia entre esos alambres oxidados y las estacas de mimbre. Juvenal tomó el libro de clases, borró la pizarra y salió.

El sonido de las hojas de los eucaliptus lo hizo mirar hacia el cielo, las nubes empezaban a cubrirlo llevadas por un viento sur. Recorrió el pasillo techado que conducía a su oficina, asomó la cara a la biblioteca, entró a la sala de profesores, dejó el libro y continuó. La joven del aseo vino a decirle que ya había limpiado las hojas de las canaletas. Al sentarse en su despacho, encendió el computador y echó un vistazo a los titulares de los periódicos. La nube del volcán cordón Caulle estaba llegando a Australia, las cenizas cubrían campos y pueblos argentinos y uruguayos, en Chile los campesinos y el ganado estaban siendo trasladados. Levantó la vista hacia la foto del volcán Villarrica que decoraba su pared, preguntándose como tantas veces antes quién o qué dirigía la Naturaleza. ¿No había una maquinación detrás? Había

leído a cerca del big bang y de la idea del multiverso, pero definitivamente no lo convencía que ambos surgieran de la nada. La nada era el todo entonces. La nada era Dios, sonrió de las tonteras que se le ocurrían y luego pensó que sería un placer leer aquellas composiciones que había pedido a los niños; le gustaría saber por qué recovecos discurrían esas mentes, la suya propia divagaba entre nubes y situaciones extrañas el último tiempo, como la que había soñado la noche anterior. Durante la clase había estado intentando recuperar las imágenes del sueño y había sido imposible, ahora su sueño se completó. Caminaba a su casa por un callejón largo, miraba hacia el oriente y veía la cordillera de Los Andes. De una de sus cimas brotaban rocas de colores rojo, salmón y amarillo. Pasmado se detenía a observar la belleza del espectáculo. Las rocas eran enormes y salían disparadas en todas direcciones; las veía contra el cielo celeste, aparecían, volaban y caían. Sus tonos eran magníficos, el cielo entero se llenaba de colores. Era como una explosión benigna de tonos y formas preciosas. El buscaba un ángulo distinto para descubrir qué era aquello y de pronto lograba ver la montaña desde otra perspectiva; como si se hubiese girado, y resultaba que por detrás, había un escenario con un telón inmenso y sobre el escenario un titiritero dirigiendo una marioneta.

---

## Reportaje: esa no soy yo

Salí temprano de Quillota hacia Quebrada Alvarado, sería el día de la mujer campesina y yo debía preparar un reportaje. Crucé el puente, pasé junto al “No me olvides” y empecé a subir. A un costado del camino aparecieron las parcelas: algunas abandonadas, otras de casas nuevas y ostentosas; también ranchos pobres, que imaginé de antiguos inquilinos cuyos hijos trabajaban en la recolección del tabaco. En esos mismos ranchos, me habían dicho antes de salir, había mujeres que cultivaban la tierra, vivían de sus cosechas: esa era la historia que necesitábamos contar.

Me detuve frente al letrero “Centro de Apicultura: Cora-abeja”. Hice sonar la campana, y una mujer asomó su rostro detrás de una especie de escafandra blanca. Con un gesto de duda, mientras yo le explicaba que era reportera de la radio local, me dijo que no tenía tiempo y que para seguirla en su trabajo debía ponerme el traje. Se llamaba Cora. Balanceando su pesado cuerpo, abría las tapas de los cajones, revisaba los panales, marcaba, y en medio del zumbido de las abejas me contaba. Diez años atrás, sin haber pisado antes un campo, había venido de la ciudad junto a su esposo ya jubilado. La idea era cultivar ese pedazo de tierra; pero, al llegar se lo había llevado un cáncer. Sola y con un reguero de deudas... El sonido de mi celular nos interrumpió: mi hijo menor estaba en la enfermería del colegio, tenía que ir a buscarlo...

Todos los cultivos que intentó, continuó Cora, se le daban mal, tan mal que había llegado a pensar que tenía una maldición. Le pregunté cómo había empezado con las abejas... Un día, asomada a su ventana sin saber ya qué más probar, le llamó la atención una bola de abejas que empezaba a formar un enjambre. A todas horas estaban ahí zumbando, amontonándose y moviéndose. La bola crecía y crecía de tamaño, se asustó y llamó a un apicultor que resultó ser un experto: mientras trasladaba el enjambre sin que las abejas se afectaran, le explicaba que probablemente el enjambre en ese lugar se debía a una lucha entre dos abejas reinas, donde una de ellas había vencido a la otra... El celular volvió a sonar, su jefe al otro lado del teléfono.

Esa noche, me continuó diciendo Cora, soñó con abejas y panales: si el experto podía... ella también podría. Al día siguiente, sin hacer caso de las deudas, empezó a estudiar; y aunque sus primeras abejas anduvieron mal, nunca se desanimó. Entonces, le hice la pregunta “¿Yo, campesina...? –me miró sorprendida– ¡mujer no más, una que da la pelea y piensa como abeja!”

¿Mujer no más...?, me quedó rondando mientras avisaba que no podía ir a buscar a mi hijo, y llegué al que me pareció el último rancho del camino. Arsenia de las Mercedes, una viejita encorvada y larga como un árbol, había trabajado esa parcela cortando sarmientos por unos pesos desde niña. Después habían nacido sus hijos, el marido se había ido y ella había estado por años a cargo de sus nietos al otro lado de la cordillera. Pero había regresado a cuidar su terreno y al marido que estaba de vuelta. Entre el barullo de las chicharras, la viejita revisaba sus lechugas, mostrándome las acelgas que despuntaban, el perejil. “Vendo todo aquí mismo, doy vuelta el año con poquitas cosas, para todo hay un comprador. Tengo dos vacas aterneradas que suelto

a los cerros y solitas bajan por el amor... Mi celular otra vez me molestaba, una amiga pidiendo consejo.

“Y no le saco más a la chacra porque esta tierra está desustanciada, me siguió contando la viejita. De tanto tabaco que plantaron.” Con razón comentaban que ella era la única campesina que vivía en el lugar, le insinué, y negó rotunda con la cabeza. Eso lo hacía por hacer, había sido mamá, era abuela, cuidaba a su marido, sanaba del mal de ojo y del empacho a los que le traían...

“Eso lo hacía por hacer...” iba repitiéndome, tomé el callejón que bajaba y me crucé con una joven que venía detrás de dos niños. Se llamaba Rosa y tenía la nariz ganchuda como una espina: desde los doce años trabajaba de temporera y así educaba a sus dos hijos. El papá de los niños la ayudaba un día sí y el otro no. ¿Campesina?... ¡No! trabajadora no más en lo que podía. Como sus hijos le gritaban que se apurara, me indicó que doblara hacia la derecha, que cerca del boldo alto podía encontrar lo que buscaba: la Inelda tenía cabras y hacía queso, ojalá estuviera de buenas. Luego de varias vueltas di con las cabras. Llamé innumerables veces desde la calle. Una mujer mal agestada salió al dintel de la puerta. Con mirada desafiante me preguntó qué beneficio sacaría ella con hablarme, lo único que ella sabía era trabajar y no era amiga de ‘andar conversando’. En ese momento se escuchó el mugido de una vaca. Inelda se dirigió hacia un corral improvisado, acercó una gruesa manguera y llenó de agua una tina plástica. La vaca y las cabras se le vinieron encima. El agua debía alcanzarles hasta el otro día, “no saben na’ que los pozos han bajado”. Cortó la llave, me clavó una mirada dura y desapareció adentro de su choza.

“Las planillas, dónde las dejaste”, escuché la voz molesta del contador de la oficina en mi celular, mientras dejaba el auto y me acercaba a una pequeña casa de madera escondida tras dos cedrones añosos. Contenta con la entrevista, Filomena, a quien encontré en el antejardín, me hizo pasar a una habitación llena de objetos. “Acá seco las hojas” dijo, mostrándome un cordel con bolsas de papel. Dos veces a la semana bajaba con sus paquetes al pueblo. Había iniciado el negocio cuando los pesos le habían empezado a escasear, “o sea... no me recuerdo cuándo”, largó una carcajada, “usted sabe que el cedrón y la menta no aflojan”. También había trabajado el orégano, pero daba más pega. Si se podía trabajar menos para qué hacer tanto esfuerzo; aunque no todo era puro ganar el pan, me confesó. Si su viejo dormía bien, se arrancaba por ahí, me cerró un ojo. ¿Campesina? No, ella nunca se había visto así... eso lo hacía por necesidad no más.

Mi hijo estaba furioso porque no lo había ido a buscar, dejé el celular a un lado. “Eso lo hacía por necesidad no más...” había dicho Filomena. Con pocas ilusiones, toqué otra puerta. Me abrió un hombre. Se explayó diciendo que él mismo había construido la casa cuando los hijos eran pequeños, que los cuatro le habían salido estudiosos, pues no les había aguantado ni una. Él había partido de cero, sin educación, y hasta de la tele lo habían venido a entrevistar... Ahora manejaba cinco camiones y si yo quería... “¿Mi esposa? La Violeta... ella es tan trabajadora como yo. Por ahí anda con la nieta revisando sus tomates...” Hacía no mucho, continuó el dueño de casa, ella había empezado con las naves. “Aunque antes... bueno, siempre me llevó las cuentas, les hacía las viandas a los choferes, vendía sus tejidos, pero no era lo de ella, ¿me entiende? La Violeta es re buena pa’ todo lo que es papeles, yo no, yo soy de palabra más bien, “la Viola ha estado de contenta con sus pesos”, continuó el camionero. “Le da pega a los nietos, se las rebusca: es lo de ella. Ahora tiene dos naves de

lujo llenas de tomate de primera ¿las vio?” Corrió la cortina de la pequeña ventana.

Escuché unas voces que se acercaban. Violeta entró con su nieta de la mano, tarareando una canción. Él le dijo que yo era de la radio... y mientras ella ponía en una silla la ropa seca que traía, le pregunté si conocía una mujer campesina por ahí, una que se sintiera campesina de verdad...

Me miró extrañada, observó de reojo a su esposo y dijo: “¡Yo misma pues! Pero si busca una mujer sólo campesina, ¡no!... esa no soy yo.”



---

## La promesa

Jhon Cartwrite, o don Catri, había aparecido justo cuando se inició eso de partir y vender la tierra a pedazos. Compró una porción primero, luego otra y otra, uniéndolas todas como un solo paño. Un buen terreno decía, para cultivar. Y, así se hizo, pues el último pedazo venía con casa y cuidador incluidos, más la promesa de no despedirlo, mientras viviera.

En pocos meses ambos arrancaron los tebos, plantaron rosas en los cercos, araron y sembraron un tomatal. Don Catri decía que nunca había tenido un empleado como ese y le dio por llamarlo el Moneda de Oro, apelativo que el Tato se rehusaba a aceptar, rezongando avergonzado porque él hacía 'lo que hay que hacer no más'. Trabajaban de sol a sol, hombro con hombro, desinfectando y cosechando hasta que obtuvieron la primera cosecha y la llevaron a la Vega Central en Santiago. Lugar que el Tato no conocía ni en pintura: así de huaso era él con su chupalla encima de los ojos azules brillosos; el cuerpo nervudo con fuerza de tractor y las espaldas montañosas.

Por esos días, no faltó el vecino que se preguntaba cómo había logrado sacar re tanto tomate bueno en esa tierra mala. Con el pucho entre sus labios, invariablemente decía eso de que hacía lo necesario. En dos frases largaba sus conocimientos, para luego, aplastar el cigarro en la tierra junto a sus cuestiones personales, de las que no hablaba ni amarrado. Como esa culpa que le

venía cada vez, dicen, de no poder dejar la cajetilla diaria, teniendo una familia a cargo. En esa época también se les veía durante las noches de invierno, prendiendo fogatas de rastrojo. Hasta el canto del primer gallo con la vista fija en la llama. El Tato, silencioso, de pie, las manos apoyadas en la horqueta, moviendo una rama aquí, una brasa allá. Don Catri soltando historias y risas. O, de día, agachados entre las matas, discutiendo la poda de los rosales. A las cinco hojas un corte y de ahí nadie sacaba al Tato. Hubo también mañanas que pasaron a caballo, subiendo quebrada adentro. Entre el sonido de los cascos de los caballos se les escuchaba conversar: juntos habían transformado un pedregal de tebos en una parcela de verdad; ahora debían mejorar y ampliar los cultivos, decía la voz de don Catri y los dos jinetes se alejaban desapareciendo entre los cerros...

Pero, llegaron tiempos malos... como peñascos cayeron! Uno de los vecinos puso a la venta su tierra. El nuevo dueño empezó a traer gente y más gente de la ciudad. Una tarde, el Tato vio llegar tres cursos completos de adolescentes. En alto parlante una voz los animaba y les dirigía los juegos. Ese fin de año, junto al tomatal separado por los rosales, se instaló una gran carpa. Allí se celebró la primera fiesta campestre de Año Nuevo abierta "a todo público", luego de la cual Don Catri y el Tato partieron a palabrear al nuevo dueño para comprarle. Pero, ahora que el vecino había tanteado el negocio pensaba abrir un restaurante. El Tato no entendía bien a qué venía tanto lío... total era bueno que llegara gente nueva a la quebrada y ellos podían buscar más espacio para el otro lado. Ambos volvieron cabizbajos. Sobre todo el Moneda que hacía un par de meses se estaba sintiendo medio raro.

Al cumplir sus cincuenta y cinco años, no pudo retrasarlo más y fue al médico. Por un control pendiente, dijo misterioso, y

comentaban después que aquel día lo subieron y lo bajaron en el policlínico. Pero él en la casa, como si hubiese oído llover. Siguió trabajando y fumando y no consultó más. Aunque una mañana, le indagó a Don Catri al paso, si le podía explicar, cómo era eso de la promesa en la escritura. Nada hombre, tu casa es tuya y de tu familia mientras vivas. “¡Ah! ahora entiendo... mientras esté vivo entonces” había exclamado el Tato, suspirando. “Y a qué tanto suspiro hombre. Quédate tranquilo que yo cumplo mi palabra”, lo calmó don Catri.

Al poco tiempo, los peñascos siguieron cayendo. Esto es una maldición, le dijo don Catri al Tato. Había escuchado que la construcción esa de la parcela del frente, iba a ser ¡un centro recreacional! Ahora sí que estarían fritos: autos por arriba y buses por abajo. Se acabó el campo y nuestra ampliación. Ya llegan las antenas y los taxis colectivos. Pero el Tato, que andaba con su pesar a cuestras, guardó silencio: en la vida había cosas peores.

Don Catri rumiaba su mala suerte, la que aumentó al darse cuenta que el Tato había enflaquecido tanto que parecía espina-zo de pescado. Esta mala racha no se va, dicen que lo escucharon decir, pateando las piedras de rabia. Las napas de sus pozos bajaron y la producción también. ¿Sería bueno probar con otro cultivo?, preguntó al Tato y al mirarlo de cerca se sorprendió.

La cosa no estaba buena, dijo él a Don Catri, con una sonrisa triste en el rostro, como diciendo que no quería molestar, que no valía la pena armar líos. Don Catri tomó los informes y se fue donde un particular. La cosa está bien mala para su amigo, cuentan que le dijeron a Don Catri, a quien se le vino el mundo abajo. La parcela y su empleado eran una misma cosa. Pero el Tato no aflojaba y seguía regando y podando. Cosechó igual los tomates ese verano sin que la duda, ni la molestia que sentía por todo el cuerpo se la ganara. Don Catri entretanto, andaba como

sonámbulo no sabiendo qué hacer por él, porque ya no había nada que hacer, le habían dicho. Entonces lo invitó a pescar a Peñuelas. Un día completo pasaron con sus lienzas echadas y aunque el Tato quería volver a preguntar; de la promesa ni una palabra.

En la próxima entrega en Santiago, la camioneta roja se desvió de la Vega lentamente hacia el centro. Subió derechito por la Alameda y llegó bien arriba hasta una iglesia con cúpulas. El Tato abría tremendos sus ojos azules entre sonrisas de ver la Moneda y tantos autos y edificios altos. Esos montones de gente que atravesaban las avenidas. La biblioteca nacional, “mire que haber tanto libro para llenar esa construcción tan re grande”, había dicho Tato. Pero en esa oportunidad tampoco hubo el momento de aclarar, al menos así le pareció al Tato. Tampoco ese otoño, cuando con hijos y nietos del Moneda, Don Catri al volante, fueron a celebrar a la Virgen de las Cuatro Esquinas en Limache. El último día de trabajo, el Tato subió a su casa con la espalda doblada. Ya no podía más, dijeron. Así, casi gateando llegó a su cama, cayó inconsciente y no se levantó más.

---

## El chalecito azul

En lo alto de la cuesta, el jinete detuvo su caballo y desmontó para esperar a sus compañeros. El callejón polvoriento que bordeaba el estero apareció ante sus ojos. Un puñado de casas dispersas se ubicaba a ambos lados y no lejos de ahí, entre unas lomas donde sólo creían quiscos y espinos, se divisaba una choza rodeada de cabras. Siguiendo los recovecos que hacían las pircas en el pequeño valle, apenas reconoció la única mancha azul que lo pintaba. Cuando los otros llegaron, les mostró la Quebrada y cabalgaron lentamente hasta el callejón. Las garzas volaron hacia el estero al verlo pasar, tal como lo hicieran diez años atrás, cuando se vio obligado a huir. Una figura familiar se acercaba por el camino. La joven, sin reconocerlo, levantó una mirada curiosa y escuchó con atención lo que él le preguntaba.

— ¿Vive alguien en el chalecito azul, ese que se divisa allá?

— Nadien— contestó ella. Y sin esperar respuesta agregó que desde hacía años estaba abandonado.

El jinete esbozó una sonrisa, y ella prosiguió.

— La única heredera del chalet por el que me pregunta fue la Ester, la que primero se agarró al español, uno que había llegado en busca de los cururos de la Quebrada.

El grupo de hombres intercambió miradas. Ella alzó la vista, recorrió los ojos que la observaban y continuó. “Y no se sabía

cómo lo prendó, pues cuando esto sucedía ya tenía la nuca como cabello de ángel, mientras que el español no contaba más de treinta abriles, nos dijo la Ernestina durante las reuniones de la parroquia; esa –dijo señalando una vieja construcción de adobes y techo de zinc– que usan de nido las lechuzas, las mismas que seguía en su vuelo la Ester cuando descubrió que al español se lo cortejaba la Dolores, la tonta de la Quebrada, mandándole besos cada vez que lo veía en los potreros de las viudas, cazando cururos bajo los espinos –porque a montones los conseguía y se los llevaba empaquetados al puerto. Los de acá dijeron que esa necesidad de cururos le venía por la sangre, la misma que pintaba sus ojos de color azul”.

Los afuerinos sonrieron y ella dio rienda suelta a sus historias.

“Como le decía, en los potreros de las viudas Escudero, ellas viven en esa choza de allá arriba y han sido desde siempre las dueñas de toditos los terrenos de acá. Y son de peleadoras. Su saña la traen del tiempo en que sus antepasados guerreaban contra los leones al otro lado de la cordillera. La cosa es que la Rosita, la menor, la única que tenía oficio conocido en los bajos, ese de cortar y zurcir cuanto traje de ceremonia exigían las distintas actividades (porque sepa usted que aquí celebramos la virgen del último suspiro, las procesiones todas y hasta los partidos de fútbol del “Quebrada de Oro”), entre corte y corte le soltó a la Ester que el párroco Aurelio, pretextando conseguir una acolita –que, como nos dijo después la Ernestina, era algo así como católica de cola larga, o sea, aceptada por Dios y por los hombres, le propuso que se encontraran bajo la higuera que crece detracito y por fuera del altar, a recibir unas lecciones de eso que le iba a enseñar y que a la Rosita se le confundió, dijo, entre los suspiros entrecortados del cura, con los estertores de su

marido cuando estaba por estirar la pata, la que luego estiró, debido a la ferrosis de hígado que le habían contagiado en la oficina. Un boliche hediondo, que encontrará pasando esa palmera, y que reconocerá al tiro. La municipalidad lo premió con una placa donde se lee: “expendio de bebidas alcohólicas”. Como le iba diciendo, dicen que la Ester se encabritó, al oír las palabras de la Rosita y dejando el trabajo inconcluso –cosa que sólo hacía cuando se trataba de emprenderlas contra la Dolores y su adulteración con el español– enfiló hacia la parroquia, seguida por la Rosita y por él. La vimos venir echando espuma por la boca, aunque las convulsiones le vinieron después, y de un solo manotón sacar al cura del confesionario, donde se encontraba dándole la penitencia a la Luzmira, la miembro más antigua del grupo de solteras en instrucción, como nos llamaba el cura Aurelio. La Ester no alcanzó a decir agua va cuando le vino el ataque, algo bien feo de mirar. Y apenas la cara le volvió a su sitio, el español la tomó en brazos y partió con ella de vuelta al chalet –igualito como en el afiche de la película “Lo que el viento se llevó” que cuelga de la oficina.

La Rosita se hizo cargo del funeral de la Ester, del chalecito que usted me pregunta... y del joven viudo. Y ahí fue cuando empezó el revuelo más grande que se recuerde en el callejón. La Dolores se andaba tropezando con él y aunque ella decía que era de pura chiripa, nosotras veíamos que le daba facilidad. El cura Aurelio repetía en todos los sermones la palabra “famación” y como todos ignorábamos de qué estaba hablando, el grupo decidió que le habían entrado desvaríos y dejamos de juntarnos a recibir instrucción. Del alto bajaron las viudas Escudero y hasta las moscas se fugaron. Alcanzamos justo a fondearnos en la oficina mientras ellas llegaban a buscar a la Rosita, que ya no tiene nada que hacer dijeron en la casa de la finá.”

El caballo del jinete empezó a impacientarse.

“Esa vez los gritos de las Escudero se oían desde la oficina, donde encontramos a todos los miembros del “Quebrada de Oro” probando chicha. Uno de ellos dijo haber visto al español huyendo como perseguido de avispas. La Dolores llegó al ratito y nos dijo que las Escudero estaban desbocadas, que a la Rosa la tenían bien acorralada y que aunque bien merecido se lo tenía, igual daba pena la muy bruta.”

El caballo del jinete largó un relincho y la joven continuó.

“La Dolores apenas se sostuvo en pie con ese llanto que le vino como churretera de uva desinfectá cuando le preguntamos por el español. La Ernestina no encontró nada mejor que tirarle un jarrón de agua fría para que nos soltara de una vez lo sucedido con él. A piedrazo limpio lo habían corrido mientras él juraba que volvería acompañado”.

— ¿Y la Rosa...?— preguntó el jinete, dando media vuelta con su caballo.

— A ella, se la llevaron a la rastra a los altos. Allá la tienen encerrada, parece. Dicen que en las noches se escucha su voz como llanto de perro.

Al ver que los jinetes se alejaban, vociferó, “el chalet por el que me preguntaba, lo encontrará al fondo de la quebrada, casi cubierto de cabello de ángel”.

---

## Dolce Gabbana

“¿Tú creí que no se van a dar cuenta?” preguntó Eliana sacando los dos frascos del bolso de Esteban, su marido. “¿Entre todos esos perfumes, acordarse de dos? Nica, deja ahí no ma” contestó Esteban y ella obedeció. “¿Pero estay seguro?” volvió a preguntar Eliana y se apoyó en el muro de la casa cuyo aseo acababan de terminar. Recorrió con la vista el jardín, las fuentes de agua, la entrada de autos, el parque, tanto que mantener y limpiar, suspiró y la respuesta de su marido le llegó: “Ya deja de molestar mujer por una lesera, ¡todo por un par de perfumes huachos! Mira no más, mira todo lo que hay, y dos caga’ chicas... Ya vamos”, tomó el bolso, avanzó por el empedrado que enfrentaba la casona y al no sentir los pasos de Eliana detrás suyo, se volvió: “Te dije, vamos, que estoy cansado, no veí que a esta hora me viene el dolor de las rodillas...apúrate y deja de rezongar, no te estoy oyendo.”

Eliana repasaba mentalmente que todo hubiera quedado bien cerrado en la casa, pero la detenía una sensación de que si salía de ahí con las botellitas ajenas, algo andaría mal. Algo les pasaría. Ella era católica, iba a misa, se confesaba con el cura que venía de Limache los domingos y ahora esto. Fue al corredor, estiró su cuerpo delgado hasta dar con la palanca de la alarma y la dio. Cómo se lo diría al cura. “Oye, Teban” gritó, “no te vai tan rápido, deja las cosas que no es bueno”, le rogó otra vez. Es-

teban regresó cojeando y la enfrentó: “Bueno, malo, ¿qué sabís tú de eso?, ya te dije, dos perfumes no son nada, además, ella nos debe plata” dijo asegurándose que Eliana lo oyera bien. “¿Cómo que nos debe plata, el próximo sueldo querí decir; pensai decirle entonces que te los descuenten?” se le aproximó desafiante. “Tai más loca, nada de descuentos. No entendí que ella nos debe mucho, nos debe todo, qué haría sin nosotros, ¿ah?” “Ya empezaste con esas leseras, si ya sé que soy comunista... o que hay sido por lo menos”, le contestó ella levantando la voz. “¿Y qué tiene que ver eso con lo que estamos hablando? Na’ que ver” dijo él y alzó los hombros. “Tai diciendo eso del pago, que nos paga poco, que nos debe, tai hablando como los comunistas ¿no?” le fijó su mirada de ojos juntos.

“Soy inorante, no tenís idea de lo que decí. Lo que es justo es justo en cualquier parte. Ya, vamos, que me aburrí de hablar contigo” dijo él y partió caminando torpemente. Eliana lo miró alejarse y empezó a seguirlo. Atravesaron el parque, pasaron junto a la piscina, caminaban lento, uno distante del otro; ella revisó que el filtro de la piscina estuviera funcionando bien y continuó, pero se quedaba detrás de los árboles y esperaba que él recapacitara y regresara, y él siguió arrastrando los pies, llegó al portón y la esperó. Era verdad que había sido comunista, pensó él, pero todo se había ido a la chuña cuando el golpe; él con Allende estudiaba y tenía futuro, después... era una suerte que no lo hubieran tomado preso. Él habría sido un trabajador calificado, habría seguido en el partido y por ahí, quien sabe, a lo mejor hasta un político habría llegado a ser, pero la realidad suya era bien distinta, trabajaba por un sueldo mísero, un sueldo que les alcanzaba apenas, todo era muy injusto –se dijo con amargura– de alguna manera había que hacerse justicia.

Al ver aproximarse a Eliana dejó su resentimiento de lado, ella era su mujercita buena y cariñosa, la que él quería, porque a pesar de los traguitos que de vez en cuando se tomaba, ahí estaba ella esperándolo con la luz prendida, y aunque no entendiera muchas cosas y ahora último se estuviera volviendo muy devota, no le importaba, la miró con ternura y le dijo sonriendo: “te gusta tanto ese olorcito que traemos, se parece al que comprai en Villa Alemana, pero éste es más...dulzón” acercó su rostro hasta rozarla. Ella retrocedió: “Yo no quiero ni una cuestión que no es mía, ¿entendiste?”

“Yo no quiero ni una...” la remedó, “ya conozco esa frase, primero no, no, y después querí no ma’ y se te olvida todo” le dijo, metiendo la mano al bolso. “Soy pesado, no veí que estoy desmemoriá, pero eso no quiere decir que no sepa distinguir” “Claro que sabí, por eso estay conmigo” le sonrió otra vez, mientras se perfumaba los dedos adentro del bolso. “Olvídate mujer, tai dando la hora –intentó pasarle sus dedos perfumados por el rostro– mira qué rico”, ella lo volvió a esquivar pero él la alcanzó y después abrió el portón de fierro, lo cruzó y se detuvo a mirar.

Atardecía, la luz del sol se colaba entre los árboles, arriba el cielo empezaba a enrojecer. Otra vez no traje la máquina, pensó Esteban a quien le gustaba tomar fotos. Tenía una cámara que había desechado la señora María Paz, con ella había hecho varias tomas del parque en las distintas estaciones y las guardaba en álbumes. Miró a través de los fierros, esa tarde habría tomado una foto con el portón adelante y los árboles atrás, pensó, escuchó el canto de un zorzal, le pidió las llaves a Eliana y cerró.

La señora María Paz se fio de nosotros, nos dejó las llaves, nos dijo que le ordenáramos el ropero, todo eso porque nos tiene confianza, iba pensando Eliana mientras caminaba al lado de su marido. Esteban era trabajador y bueno con los motores, los rie-

gos, todo lo de la política y otras cosas, se dijo, y lo quería harto, aunque a veces se mandaba unas copitas y se ponía bien pesado; además, había aceptado el que ella no pudiera tener hijos, ¡con lo que le gustaban los niños! Pero esto de llevarse algo que no es de una. Ella no estaba para esas cosas, se iba a enfermar de los nervios. ¿De dónde había sacado esa maña nueva? Antes no era así, ¿serían los años? Había oído que los hombres se ponían raros con los años, que les venían leseras extrañas y se ponían rabiosos, él ya era rabioso a veces, pensó, pero de robos, nada que ella supiera. Aunque también era cierto que la señora María Paz tenía... cuántas cosas, y casas. Empezó a enumerarlas, la de la quebrada, el departamento de Viña, la casa en la playa en el norte, y ¿no estaba comprándose algo más en Santiago? Vino a su mente el día que ella los había llevado a limpiar los ventanales del departamento de Viña, y otra vez a arreglar el jardín en la casa de la playa. Tantas cosas, suspiró, así no ma' son los ricos, se dijo. Pero sacar algo... que no es de una, eso no está bien. ¿Y cuando le tuviera que confesar al cura lo que había hecho? sabía que tenía un nombre...

Caminaron por Bellavista, atravesaron la cancha, pasaron frente a la parroquia, subieron hacia Aguas Frías, bordearon la Media Luna y se internaron entre los espinos por una pequeña quebrada, hasta llegar a su casa. El terreno era de la madre de Eliana, su casa ocupaba el centro del sitio, al costado derecho y al fondo estaba la mediagua que ellos habían conseguido en la municipalidad; en un principio constaba de un espacio en donde tenían la cama, una mesa con dos sillas y la cocina, después construyeron entre los dos otra pieza que hacía las veces de cocina y un corredor para sentarse afuera en el verano. Eliana había plantado una hilera de cardenales y quiscos a todo el rededor de lo que consideraban su sitio, unos cien metros cuadrados en total, incluyendo la caseta del baño que estaba bajo un maitén

y que ella se afanaba en mejorar durante sus días libres, porque además de trabajadora incansable y bondadosa –iba todas las tardes a preparar la comida a una pareja de viejitos que vivía cerca de la parroquia– Eliana se empeñaba en hacer de su casa un lugar acogedor y limpio. Cada tanto recogía flores y hacía un florero grande que ponía sobre la mesa donde comían, o tejía unos pañitos en macramé que ubicaba en cualquier superficie libre que encontraba.

Eliana postergó tres domingos lo que tenía que hacer; finalmente accedió y fue mucho más simple. El cura le preguntó si se arrepentía. Ella le contestó que sí, que no dormía por el remordimiento, que se le revolvía el estómago cada vez que recordaba el hecho porque ella no estaba acostumbrada a mentir y menos a tomar lo ajeno, y terminó diciéndole que “de verdad” estaba arrepentida. Entonces, el padre le indicó: “rece tres Ave María y un Padre Nuestro y no se olvide de devolver lo que haya sido a su dueña.”

Salió tan aliviada de la parroquia que cuando llegó a la casa espontáneamente le contó todo a Esteban, y entonces se le vino otra vez la preocupación encima. Esteban no quería por nada devolver los frascos: “¿y si ahora te pillan?; déjate de leseras y de escuchar al cura, no hay visto lo que andan haciendo los curitas, si ellos están ahí por... no veí que tienen casa, comida, educación y... este toque” dijo pasándose la punta de los dedos por su mentón. “No vengai ahora con esas cosas, te aprovechai de cualquier cuestión, es verdad que algunos son malos, ¿y no hay malos entre los comunistas que defendí tanto, son todos santos acaso?” lo desafió. “Tú no entendí ni una cosa, es bien distinto andar predicando, andar diciendo leseras y por debajo hacer la cochiná –le dijo con rabia– cuando hay visto que los comunistas andamos predicando... ¡tai más loca!”, y molesto como estaba

fue a buscar los frascos y esparció el perfume por cada rincón de la casa, después de lo cual le dijo: “Ahora si querí anda a devolver los frascos vacíos, tú sola, yo no te acompaño ni cagando...”

La señora María Paz llegó de su viaje, y lo primero que hizo fue deshacerse de algunas cosas que ya no le servían. Como las bodegas de la casona estaban llenas, le pidió a su hija Loreto que le llevara a Esteban y a Eliana los bultos que había juntado, a ellos les serviría. Cuando ellos escucharon la bocina de la camioneta salieron con cara de sorpresa a recibir a la Loretito y como la joven estaba apurada, entre los tres entraron las cosas a la mediagua. Loreto entró, le pareció aspirar un perfume conocido y Eliana le ofreció un agüita de limón. La joven se sentó en una de las dos sillas que había, bebió un trago, les recordó que estaba apurada y salió. En la noche al regresar a su casa, le dijo a su madre que había olor a Dolce Gabbana en la casa de Esteban. “No puede ser”, le contestó ella, “¡es tan caro! –y luego agregó– ¿lo venden acá en Chile?”

Pasaron unos días antes que María Paz revisara el closet de los perfumes. Todo estaba en su lugar, y en perfecto orden. Esa tarde, Loreto fue a sacar un perfume y encontró la caja vacía. Abrió otra y también estaba vacía. Revisó todas las demás y sólo faltaban aquellos dos perfumes, entonces recordó el olor que había en la casa de Eliana y Esteban. Al día siguiente María Paz llamó a Eliana diciéndole que tal vez por equivocación, había dejado dos frascos de perfume en otro lugar cuando ordenaron el closet, y que como desde hacía un tiempo estaba algo desmemoriada, se podía haber olvidado de devolverlos a su lugar. Eliana, atropellándose con las palabras le contestó: “la verdad señora María Paz, la pura verdad, no tenemos niún perfume suyo aquí...”

---

## La visita de Daniel

Mientras abría la tranca, echó el vistazo de rigor. Ahí estaban los durazos viejos como él; bajando un poco, el quillay y los membrillos; más abajo, sus buenos paltos, limones, la higuera, hasta un chirimoyo; por allá, el potrero donde quería plantar la huerta y finalmente el estero. Había tenido suerte, su pedazo de tierra era fértil y protegido por la sombra de altos molles que recorrían todo el contorno: ancho arriba, largo y flaco hacia el estero. Ese día no alcanzaría a limpiar la acequia que orillaba los nueve mil y tantos metros, adquiridos cuando al sueldo se le podían hacer recortes, discurrió Liborio, cerrando la tranca. Ahora la pensión apenas alcanzaba para ir dándole hasta fin de mes, aunque no se quejaba, tenía la suerte de poder heredar a su único hijo: Daniel. El marinero que vivía en Iquique y que después de mucho prometer, por fin había llegado a visitarlos con su nieto Rubén de ocho años. Cómo jugaría Rubén con su gato rucio, el guardián, que espalda al suelo, ahora pataleaba y maullaba para que Liborio lo acariciara. Soy más cariñoso que Rubén, mi nieto, le dijo al gato y la imagen del niño le abrió una sonrisa en el rostro; cuántas travesuras haría correteando por ahí, en el campo de su abuelo. No debía olvidar comprarle una mochila para que trajera sus herramientas. El guardián ronroneaba entre sus piernas, cuando el huraño su gato blanco y negro asomó la cabeza desde las ramas de un quillay. Se acercó, le acarició la cabeza y sacó de su mochila lo que traía para sus guardianes.

Los observó devorarse las colas de pescado y de pronto se acordó que su hijo llegaría con la fresca. Tenía un tiempito para rastrillar debajo de la higuera, dejó el bolso y empezó. Para qué hacía deporte la gente, con tener un campito bastaba, y después... para los hijos. No había sido fácil salir con el Daniel adelante, siendo único. Exigía, flojeaba y la mamá lo consentía.

En la marina le habían sacado lo mamón, le gustó el orden y quiso seguir la carrera. Una tenca empezó a revolotear cerca de su rastrillo. Fue a su mochila, desmigajó un pedazo de pan y fue diciéndole a la tenca que se calmara, que ahí tenía su merienda, su amigo no le fallaría mientras pudiera. Mientras pueda, repitió en voz alta, porque desde hacía un tiempo estaba con unos mares raros, los que aumentaron desde el anuncio de la visita de su hijo, y ahora que ya había llegado, peor. Además, su mente como que se le estaba desbandando, y no era para menos: a su nieto lo había conocido recién nacido, cuando él y su Adela habían viajado al norte. Después la visita de Daniel se había aplazado año tras año; que la mamá del niño no podía, que la mamá no quería, que él ya no estaba con la mamá. Sus ojos volvieron a recorrer el lugar. Sólo él sabía lo que significaba mantener todo eso, suspiró... ¿en qué pensaba antes?... ¡además tener que venirse a diario caminando desde el cruce donde lo dejaba el bus que llevaba a Limache. Su señora le echaba el almuerzo a la mochila y él agregaba la bencina y algunas herramientas por si acaso. Tres kilómetros todos los días cuando la espalda y su rodilla le reclamaban cada nuevo paso que daba. También, recordó mirando como la tenca empezaba a escalar las ramas de la higuera, al salir y al llegar tenía que escuchar a su Adela con la cantinela esa de que él ya no estaba para esos trotes, que quién iba a fijarse en todo el esfuerzo que hacía, a lo que él invariablemente contestaba que ella no entendía, que él sabía por qué lo hacía. Pero, apoyó sus manos en el mango del rastrillo, tal vez de tanto

oírlo... había empezado a dudar, ¿después de todo... su hijo y su nieto; seguirían regando sus árboles...? Había comprado esa tierra cuando Daniel ya no estaba en la casa, era una sorpresa que le tenía y le había costado un mundo que su señora no se fuera de boca. Pero la Adela había cumplido, a pesar de todo lo buena que era para andar conversando. Dejó el rastrillo, sacó el bidón de bencina de la mochila y se fue a la caseta del motor. Lo tenía camuflado entre las ramas para que los bandidos no se lo robaran. Repasó el nivel de agua del pozo, le alcanzaría para unas dos horas de riego como máximo. Necesitaba bajar el pozo, unos dos metros por debajo del desagüe de los túneles del oro. Sonrió al recordar lo pillo que había sido en los setenta cuando los ñatos venían por oro. Él los había mirado cavar los túneles cerca del estero. Había dos afuera y dos que entraban y salían con las carretillas de material. Los de afuera revisaban y colaban la arena. No era poco el oro que conseguían... pero ¡tremendo riesgo de un derrumbe! Se rascó la cabeza. Un día decidió entrar al socavón y mirar qué diantres pasaba adentro: los tipos no podían con el agua, era demasiada, dos bombas funcionando y no alcanzaban a secarlo y desistieron. Así fue como cavó su pozo hasta llegar a la descarga de los túneles y le resultó por años. Fueron dos llaves abiertas que lo alimentaban de agua fresquita. Ahora, ya no era suficiente. Le decían que con goteo se ahorra mucha agua... pero le gustaba tanto ir llenando las tazas a cada árbol, ver como las tórtolas venían a bañarse, oler la humedad que iba impregnando la tierra, sobre todo a los árboles que habían sido plantados a la antigua, un metro por uno de profundidad y buena tierra. Estiró la manguera hasta los paltos, al pasar por los naranjos se dio cuenta que una liebre les había mascado la corteza. Esa era una pelea que no tenía fin, habría que proteger otra vez los troncos: su mano con barro fresco pasado por donde la corteza había sido arrancada... Si pudiera se quedaría en las

noches a vigilar, pero la Adela lo pondría de patas en la calle. Eso para más adelante Liborio, se dijo en voz alta y se llenó las manos de barro. Total, si él no alcanzaba, sería el Daniel quien lo haría, su hijo tenía todos esos días por venir todavía. Embarró completamente los trocos, los forró con diario húmedo y amarró. Ya están entablillados, pensó y se fue a dar el agua cuando recordó que su hijo y su nieto llegarían en cualquier momento.

Daniel llegó tocando la bocina. Los gatos se fondearon y Liborio salió a recibir con una sonrisa de orgullo. “La sorpresita que me tenía el viejo zorro” escuchó seguido de un: “tendrá también un lugar donde lavar el auto, mire que el polvo...” Agua para lavar el auto... estaba pensando Liborio, cuando su nieto levantó el rostro de su tablet y gritó: “se me descargó en el viaje, ¿tení un enchufe, Abuelo?”.

---

## Se vende

Me esperaba frente a su propiedad, eran las ocho de la mañana y en la calle Bellavista no había más que un par de perros oliendo las basuras. Lo había conocido en una reunión de la Junta de Vecinos, habíamos intercambiado unos comentarios y le había ofrecido llevarlo a Limache el día que yo iba a mis trámites. Detuve el auto, abrí la puerta y le pregunté si venía, me dio las gracias y subió. “Y la huerta cómo va, ¿la gallinas...?” me preguntó con amabilidad y luego guardó silencio. Los perros ladraron al auto, él dijo algo que no escuché y empezó a lamentarse —en su jerga especial.

Su vestimenta de buena calidad, estaba sucia y gastada, sus manos empezando a deformarse, con los nudos prominentes y los dedos agarrotados. Calculé que tendría unos cincuenta años. “No entiendo —me dijo— los deja en la calle que ladre, que moleste al que pasa, que ensucien... en la noche no me deja dormir con sus ladrido en mi ventana. Mi vecino del frente suelta dos perros chicos sin importar lo demás, no sé qué pensar... Matilde.”

Lo miré y le vi algunas canas en su pelo cortado a la moda, el rostro aún terso, de facciones finas terminaba en un mentón afeitado perfecto. En la quebrada lo llamaban despectivamente, “el sueco”, aunque ese día supe que era suizo. Había llegado hacía dos años a instalarse con su señora y una hija. Ella era chile-

na, me habían contado, yo no la conocía. Él había comprado la casa donde funcionaba el antiguo correo y lo había restaurado: desde la calle se veían ahora los faroles a todo lo largo de la propiedad, el portón de fierro forjado nuevo, las persianas de buena calidad, unas cortinas floreadas que vestían los grandes ventanales, la entrada limpia y ordenada.

Había oído que no hacía buenas migas con los vecinos, pero que pagaba bien a sus empleados, aunque era muy exigente. Él trabajaba a la par con ellos y revisaba cada detalle, la señora también trabajaba con él, decían que era una artista para la cerámica, además que dibujaba bien. Casi nunca se la veía fuera de la casa, un par de veces, yo la había divisado conduciendo una camioneta roja. Se veía delgada, tenía una melena crespada, oscura y parecía muy bonita.

“Cuesta llevarse bien con los vecinos...” alcancé a decirle y bastó esa sola frase para que se explayara. “Sí, Matilde. Ya no puedo más. Lo chilenos, sabes, no los entiendo. Estoy hasta el cuello, tenía que tomar un poco de aire. No les gusta trabajar, ni levantarse temprano, ni ganar plata, ni comprometerse. No comprendo. Empecé una pequeña fábrica de cerámicas, todo iba bien al principio, aunque me costaba mucho encontrar empleado bueno. Al final los conseguí, construí yo mismo el horno, tengo una buena venta en el extranjero, pero todo cuesta tanto. Un día un empleado tiene que ir al doctor, otro día alguno debe ir a buscar a su niño al colegio porque la abuela... no sé, algo le pasó a la abuela; tengo un joven que es bueno pero lo lunes llega con alcohol; una joven que hoy me dice que no le gusta caminar desde el troncal y entonces que se va... uf! Qué bueno salir y olvidarme”. “Sí, ya no es fácil encontrar personas dispuestas a trabajar en la quebrada como antes...” le contesté.

Entretanto, llegamos a Limache, estacioné el auto, me acompañó a mis quehaceres y después lo invité a un café en el Moneglia. Nos sentamos afuera, era una mañana soleada de primavera. Las hojas estaban recién despuntando en los árboles y un viento tibio acarrea bolsas plásticas en la calle Urmeneta. “Y esto de las basuras...” las señaló de pronto con la mirada iracunda; “es terrible como las dejan botada en toda partes, ¿no la ven, tú qué cree Matilde? Lo chileno no reconocen la basura, toman un helado y el papel al suelo, el cigarro igual, ¿ha visto como no cuida de la propia basura de su casa? No le importa que lo perro rompan la bolsa, deje todo tirado ahí en la calle frente a su puerta, botella plástica, tarro, papele, no hace nada. ¿Qué pasa, Matilde, tú qué piensa?”

Lo miré y sonreí, poco importaba lo que yo dijera, así es que lo animé a que siguiera con su cháchara extranjera. Yo debía ir a Valparaíso, lo invité y mientras tomábamos el metro siguió hablando: “no opina Matilde, bien, ere buena con tu gente, entiendo. No quiere hablar mal de nadie –sonrió– yo sé que hay chileno distinto, bueno chileno, correcto, educado, porque esa es otra cosa, Matilde ¿por qué le gusta tanto la televisión? Todo el día el aparato prendido, no importa que no la miren, pero necesitan saber que está ahí encendida. No entiendo. En mi país el que trabaja, trabaja, no hay televisión. Mi señora, me perdona Matilde que te hable de mi señora, ella es chilena, a lo mejor tú me explica qué pasa con ella. No quiere trabajar, le gusta la televisión y la comedia y el matinal. Puede tenerla todo el día prendida y quiere traer a mi hija a su lado, la pequeña escucharía toda esa... ¡bullá, ruido!”

“¿Y a tu hija le gusta la televisión?” osé preguntar y continuó: “¡Oh, Matilde! Yo no permito que la niña vea con la madre y esa situación es causa de pelea todo lo día. No sé, dime tú,

qué piensa, una niña debe jugar, estudiar, estar al aire, pero si la madre está ahí frente al televisor... es un problema grande para mí. Si no te importa te voy a decir, Matilde, nosotros estamos mal, mal, ella no quiere nada conmigo. ¡Es mi mujer!, le digo, ¡yo soy su hombre! pero bueno ella me contesta que la hago trabajar, que no le pago...”

“¿Y le pagas o no?” le pregunté ya bastante intrigada con la historia. “Sí, Matilde, le pago de acuerdo a lo que trabaja. Eso le pago. Es un pago justo. Ella no piensa así, reclama, se queja, cierra la puerta, tú sabe.”

“Y entonces por qué no le pagas más, si todo va al mismo saco ¿no?” tantee para ver qué me contestaba. Ya habíamos llegado a Valparaíso. El puerto estaba cubierto de niebla y hacía frío. “No, Matilde, no da lo mismo ni va al mismo saco, es que su familia... –bufó como un caballo– ello viene, se queda, come, se baña en la piscina, ocupa el quincho y además mi mujer le hace regalo, yo no entiendo esto Matilde. En mi país, jamás. La familia sí... está bien, una vez al año, o cada do año, pero ¡esto! por qué toda la familia está siempre acá con nosotros. Ello tiene su casa en Rancagua, una casa mínima es cierto, porque son gente muy... –suspiró– sencilla. ¡Ah! Matilde ya sé qué me va a decir. Sí, bueno me enamoré, tu sabe, la conocí en la disco en Santiago, amor a primera vista y era una cosa, no podía sacármela de la cabeza. Es una mujer muy linda con estilo, y era ¡tan dulce y cariñosa! suspiró. Mi amigo me decían que tuviera cuidado, que buscara más, pero yo estaba enamorado ... lo único que quería era estar con ella y luego... la niña”

“¿Recién entonces conociste a su familia?” le pregunté mientras caminábamos en dirección al reloj Turri. Subí a firmar a la notaría y continuamos. “Sí, Matilde, claro, y fueron muy, muy machisto conmigo. Me trataron mal desde el principio, que

yo la había engañado, que no porque tuviera plata y esa cosa, tú sabe. Nunca nos entendimo con ello. No es gente de trabajo, ni de estudio, es gente buena para pelear y venir a mi casa, eso sí. Y ella los quiere tener siempre a su lado y la niña... no sé qué va a pasar con ella. Yo la quiero mucho, quiere educarla, que sea feliz con su padre, pero esta familia... –negó con la cabeza– ya no puede más con ello.”

“No podrías llegar a un acuerdo, tal vez si...” habíamos llegado a la plaza Anibal Pinto y nos desviamos en dirección a la estación del metro. La plaza estaba llena de gente, sentí que nos miraban. No dejaba de ser extraño este personaje que hablaba con tanta pasión en su jerga extraña, vestido andrajoso, pañuelo al cuello, flaco como una estaca, junto a mi figura largurucha aunque no precisamente delgada. Él debía parecer una garza y yo un faisán, pensé entre risas, y por un momento lo miré con otros ojos, me pregunté cómo sería en la cama y la sola idea me fascinó. Sobre todo al pensar que él podría estar imaginando lo mismo.

Apuré el paso e intenté distanciarme, pero él también se apuró. Llegamos a la estación del metro. Se veía tan solo, tan indefenso. La historia de siempre, me dije. Yo ya llevaba un par de años de abstinencia sexual, mi marido me había dejado después de quince años de matrimonio, de manera que este juego de observar, descubrir el abandono del pobre hombre y planteármelo como un contrincante en el colchón estaba empezando a ser un habitual en mí. Qué otra cosa me quedaba, volví a reír sola y le pregunté de sopetón: “Y todavía quieres a tu mujer...”. Entonces él me miró a los ojos y en voz baja me dijo: “es lo que más amo en el mundo, Matilde...”

Me sorprendió su respuesta, había sinceridad en su tono. No la esperaba de un hombre que me había parecido frío y cal-

culador. Lo creí incapaz de sentimientos como los que expresaba, aunque en mi fuero interno había tenido la recóndita ilusión de ser yo la que se los despertase. Qué poco lo conocía entonces, o qué poco me conocía yo. Él se comportaba como si tuviésemos una gran amistad y... ¿yo? Intenté no observarlo como el pobre hombre que debía consolar, se me vino abajo el rostro alegre.

Tomamos el metro de vuelta; durante el trayecto me comentó acerca de sus viajes, de su familia en Suiza. Ya eran más de las cuatro de la tarde cuando pasamos Quilpué, el cielo volvió a estar despejado, los estudiantes llenaban el carro, había un aire pesado en su interior, pero mi compañero no dejaba de hablar. Cuando entramos a la estación de Limache, estábamos cansados, había decaído en algo el ímpetu de su conversación. Caminamos hasta el auto en silencio. Había sido un día intenso, Limache me pareció un pueblo más hermoso que nunca. Los grandes árboles con sus pequeños brotes en ciernes regalando su cobijo, ajenos a las vicisitudes de nuestras existencias mínimas. Pronto llegaría a mi lugar, a mi soledad, respiré contenta.

Entrando a la quebrada, nos cruzamos con un camión de mudanza, lo seguía una camioneta roja. Me pareció reconocer la melena crespa de la conductora. Comenté que otra vez alguien se movilizaba y aproveché de preguntarle porqué no se mudaba a un lugar más abierto, sin vecinos tan cercanos, tal vez al sur de Chile. Me dijo que le gustaba la quebrada a pesar de todo, que sentía que ese era su lugar –recordé mi huerta orgánica, mis gallinas, lo entendía bien. “Solo que la gente, la gente...” me repetía cuando se bajó del auto.

A la semana siguiente lo encontré poniendo el letrero. Sorprendida, me bajé del auto: “¡así es que vendes!”. “Sí, Matilde, se llevaro todo, no tengo nada”, me contestó con los hombros bajos y la voz afligida. “¿Quiénes, qué pasó?” Me preguntó si me acor-

daba del camión ese de mudanza que habían visto al entrar por Bellavista cuando regresaban desde Limache. Hice un esfuerzo y recordé vagamente la camioneta roja y la melena. Entonces, me dijo con voz triste, “sí, Matilde, ese día cuando regresé se había llevado todo. Su familia la han convencido, sacaron la máquina, lo mueble, la cerámica que yo debía entregar al otro día, todo. La casa estaba desnuda, me dejaron la cama, tuvo esa gentileza y una nota donde decían que no me quiere ver más.”



---

## Il terrenale affano

“No sabes la que me espera en La Posada mañana a medio día” dijo Mari, la peluquera, mientras tomaba un sorbo de té con su asistente antes de cerrar el local en Limache. “No me diga, Mari, que sus hermanos... otra vez” le contestó Jenny, recordando que un par de meses atrás se había quejado de ellos. Eran tan distintos a su jefa, sin estudios, buenos para esas cosas raras del esoterismo y la marihuana había escuchado por ahí... “Nada de eso, niña... ¿te acuerdas que yo le había pedido ayuda para La Posada al cabo de la computación...?” le preguntó y se puso de pie al observar que había entrado la clienta que siempre venía a última hora, y mientras Jenny la atendía, dio unos toques de base a las finas líneas que, a sus treinta cinco años, ya descendían desde sus ojos en diagonal por sus mejillas. “Flaneur” –su peluquería– iba muy bien, empezando por la decoración; para eso había seguido ese curso de Feng Shui, se dijo y pasó un paño a sus tres diplomas del Instituto Kent. Echó una mirada general: verde y negro, todo combinaba, sonrió contenta, cubrió los secadores, miró su rostro al pasar y otra vez recordó La Posada.

Definitivamente la hostería de su familia en la quebrada había andado mal el último tiempo. Sus hermanos, Jorge y Jaime, eran bien especiales. No habían estudiado como ella y eso había terminado enfermando a su padre, se dijo con tristeza. Él les había pedido que sacaran un título, que se educaran; y Jorge

—diez años más joven que ella— una vez terminado el liceo, había empezado con lo de la comida vegetariana; en tanto, Jaime iba por los mismos pasos. Y ahora esto de montar una hostería “holística”. Esas actividades “espirituales” como las llamaban ellos, no daban de comer a nadie, aunque eso a ellos los tenía sin cuidado. Además, se preguntó, qué pasaba que atraían cada personaje... como la Silvia, la última amiga que Jorge había llevado a vivir a la hostería. Ella y los otros, que habían entrado y salido de allí el último tiempo, no eran gente mal intencionada, discurrió, mientras cortaba el gas; tenían buenas vibras casi todos. Eran esotéricos sin plata, se dijo y al imaginarlos, envolvió en un mismo círculo a los que seguían la luna, los que hablaban de meditación trascendental, los que practicaban yoga, los de la comida orgánica... Ella llegaba hasta el Feng Shui, eso era práctico y aterrizado como su peluquería, sonrió.

“Que le vaya bien...” se despidió de la clienta quien luego de observar su nuevo peinado en el espejo le pagó y salió. Mari revisó los billetes de la caja, separó algunos para las cuentas de la hostería y mientras se dirigía con Jenny al estacionamiento, le siguió comentando: “Como te decía, a escondidas de mis hermanos que no creen en la tecnología, le pedí al cabro de informática, que me hiciera una página web para La Posada, algo que mostrara el lugar, lo que había sido en tiempos de mi papá... y me la hizo, todo se ve lindo, lindo...” “Es que La Posada tiene su estilo” contestó Jenny, mientras pasaban frente a la iglesia del antiguo Hospital de Santo Tomás. “¿No es cierto que sí Jenny? Por eso que me da tanta pena que ahora nada funcione y justamente... te quería pedir que vengas mañana...” Habían llegado al semáforo de Caupolicán con Palmira Romano y avanzaron detrás de un camión que cargaba una retroexcavadora.

“¿Mañana domingo... quiere que abramos?”

“No, no. Necesito que me acompañes en La Posada.”

“¡Ah! ... –contestó Jenny aliviada– ¿y en qué la voy a ayudar yo?”

“Quiero que escuches y observes a los que vendrán por el aviso de la web y después me des tu opinión. A cuál de ellos le arrendarías la Posada o le cederías la administración, ya no quiero seguir más con las pruebas raras de mis hermanos. Yo te he contado de todos los intentos que han hecho y al final... ¡soy yo la que paga el gas! Tu eres juiciosa y confío en tu ojo...”

“Si se trata de escuchar no más y contarle...”

“Sí, eso, nada más. ¿Te dejo donde tu mami en la quebrada, no?”

“Sí” contestó Jenny y pensó que a ella tampoco le gustaba la gente rara, era a la antigua igual a su jefa, aunque dijeran que había que ser abierto a todo.

“¿Y cómo ha estado su mamá, Mari?” preguntó Jenny, mientras leía a un costado de la entrada al cementerio: *Qui ha fine... il terrennale affano...*

“Mira, no me puedo quejar...”

“¿Ella no se da cuenta de que usted y sus hermanos... son de otra onda?”

“No, niña, qué se va a dar cuenta. Nos escucha hablar... sin oírnos, me entiendes, es como si ella no estuviera ahí, ¡no se acuerda de nada!”

“La enfermedad que se fue a tomar... me acuerdo que de niña yo iba a la hostería y me regalaba un helado pa’ callado”

“¿Ella te regalaba un helado?, qué raro no me la imagino haciendo eso... mi mamá fue siempre tan esquivada y seria.”

“¿Sería? Conmigo se reía mucho, lo que más le gustaba era oír de mis travesuras de niña y como yo era bien pava, me animaba a que hiciera tonteras...”

Su madre animando a Jenny a hacer tonteras, pensó Mari intrigada, porque su mamá había sido muy distante con ella; sólo recordaba sus exigencias, juicios y miradas reprobadoras, a diferencia de lo que hacía con sus hermanos, a quienes les había permitido toda clase de desarreglos.

Avanzaron despacio hasta el cruce hacia LLiu-lliu y el camión con la retroexcavadora por fin dobló, Mari aceleró para tomar la cuesta, diciendo: “Ya tengo todo diseñado para mañana. Que cada uno diga lo que piensa hacer; qué mejor manera de conocerlos, no te parece... Además tengo que compaginar con mis hermanos y la Silvia, ¿te acuerdas, la rubia crespita? ella va a meter cuchara por ellos. Ellos no quieren que yo haga algo a mi pinta.” “Es bien pilla usted, Mari” señaló Jenny con una sonrisa, y al entrar a la quebrada leyó: “faenas en el camino”. “No me queda otra, La Posada tiene que funcionar...” dijo Mari y pensó que le gustaba tanto la Jenny, por lo atinada y juiciosa.

Cuando al atardecer del día siguiente, Jenny regresó de la Posada, se sentó a conversar con su madre junto a la mesa de la cocina. La luz de la tarde entraba a través de la ventana y ambas mujeres conversaron largamente sobre lo ocurrido ese día en la hostería: “Salimos con la Mari a recibir a medio día, el sol estaba tan pesado que las dos nos pusimos sombrero. Como ella había avisado a sus hermanos que esa mañana se reunirían con los interesados por la propiedad, detrás nuestro venían el Jorge, el Jaime, la Silvia que ya te conté... y más atrás, la pareja de meditación, amigos de ella. Ellos tres son los raros que no le gustan a mi jefa, los encuentra muy esotéricos y yo estoy de acuerdo con ella, es como si estuvieran ahí para sacar algún provecho, aunque

parecen tan buenos e inocentes cuando les hablas, a lo mejor ellos no se dan cuenta...

De los que venían por el aviso, el primero en llegar fue un chef de Con-con... bueno pa' los negocios... no te imaginai, cómo. Llevaba un anillo en la mano derecha que mostraba como si fuera cardenal; lo bueno de él, es que se las cree y sabe lo que hace, creo yo, pero es... oscuro, oscuro, como su auto, sus zapatos puntudos y su terno. Dijo que había trabajado en Barcelona y que allá se había hecho famoso, no sé por qué se volvió entonces... ¿qué te parece a ti?

Después, entró un taxi colectivo donde venía “la banquetera de Quilpué”: así se presentó. Es la más simpática de los que vinieron, cómo te diría, la más franca, de una pieza, daba gusto, para sentarse a conversar y a reír con ella; cada tanto largaba sus bromas, y hasta echaba a la chacota su gordura. Ella tiene un pelo muy fino y bien cuidado, nada que decir.

Y, por último, llegaron los “bonitos” en una Van último modelo: una pareja que lleva un centro de vida sana por acá cerca, no les oí bien dónde. Los dos vestidos de marca y esas cosas, un poco serios y como que no te dicen las cosas al tiro, no sé, tienen algo, parecen tan perfectos.

La Mary los presentó a todos y rapidito los llevó a conocer; me gusta la Mari porque es tan ejecutiva, yo quisiera ser como ella. El sol iluminaba como un foco lo que mirábamos y se colaba por todas partes. Mari les mostró el corredor de los rosales, donde a la señora de la vida sana se le rompió el taco de punta y la banquetera aprovechó para echarlo a la risa. Dimos un vistazo al parrón, ahí yo jugaba a las bolitas con el Jaime y tú me alegabas que esos no eran juegos de niña, ¿te acordai?, en ese tiempo el parrón estaba lindo, lindo, ahora, en cambio se ve descuidado, da pena como dice mi jefa; después nos llevó a las habitaciones,

¡en las cortinas y cubre floreadas ya casi no se distinguen las flores! Finalmente, Mari indicó de lejos la casita al fondo del terreno donde vive su mami con la cuidadora; pero el de Barcelona quiso ir a mirar ahí también, así es que yo fui a avisar.

Esperaba que la señora Juana no me reconociera y no fue así: estaba sentadita al sol con el bastón entre las piernas, me miró un buen rato y me dijo que ahora no tenía helados. Es extraño que se acuerde pensé yo, pero tú me has dicho que la gente mayor como que se va para atrás en la vida... bueno, nos reímos juntas, acordándonos que ella también se tomaba un helado cuando me regalaba uno; después persiguió con tremendos ojos a cada uno de los que vinieron a mirar su casa, pero no dijo nada. Yo creo que en ese momento ella imaginó que eran nuevos huéspedes...

Luego, la Mari nos hizo pasar al comedor. El “Barcelona”, que hablaba modulado, lento y con voz grave, empezó diciendo que llevaría adelante ese hostel... ‘campestre’, la pensó antes de seguir, dejando ver su mano con anillo. Agregó que él lo transformaría en algo como lo que había tenido en España; aunque, inmediatamente aclaró que él necesitaba el lugar completo para cubrir todas las necesidades...

“¿Todo el lugar?” preguntó con voz suave la Silvia y fijó sus ojos claros en la Mari. “Por qué no compartir el espacio”, dijo con suavidad y el del anillo la interrumpió: él necesitaba la propiedad entera, sabía de negocios y no estaba jugando. “¿Jugando, quién está jugando? No todo es comercio... ¿cómo era tu nombre?” le preguntó ella y él iba a contestar, cuando el hombrecito de la pareja de meditación, amigos de ella, empezó a hablar. Dijo con voz entrecortada, que si se trataba de cubrir las necesidades humanas no se podía dejar fuera el lado espiritual, su mujer asintió y todos nos quedamos callados. Recién enton-

ces me vino a la cabeza lo que me había dicho, un tiempo atrás la Mari acerca de ellos: ‘Andan vestidos de blanco y cada vez que le preguntas algo a él, te dice que va a meditar, como a las dos horas aparece cuando tú ya tienes todo arreglado sin su opinión, que además es difícil de entender porque habla como extranjero; el Jorge y el Jaime dicen que es de origen hindú, a mí no me consta... cantan a veces una música... que me saca de quicio.’

De repente, la voz de la banquetera me trajo de vuelta a la reunión. Te dije que lanza sus opiniones de una, con franqueza, es una lástima que no cuide más su figura. Bueno, ella se interesa en La Posada de verdad creo yo, pero tampoco ve dónde podrían encajar los ejercicios de relajación y la meditación, aunque, señaló sonriendo, si los dueños insistían, eso también tenía arreglo... y largó una carcajada. Yo miré a mi jefa, su cara estaba contenta, estiradita sin esas líneas que se le marcan de la pura preocupación. Pienso que se sentía orgullosa de su propiedad y de que la gente quisiera hacer cosas allí.

Mirándola estaba cuando la señora del centro de vida sana sacó su voz de gata y dijo que ahí se ofrecían ideas sin ajuste a un plan serio, muy a la ligera, ella enviaría su proyecto por escrito. “De todas maneras, agregó sonriendo, le gustaría compartir sus inquietudes. ¿Alguno de los presentes se había preguntado qué era lo que más necesitaban las personas?”, nos recorrió con la mirada como si nos estuviera interrogando. “¿Qué es?”, volvió a pasear sus ojos chicos y movedizos, mientras nosotros la seguíamos como hipnotizados. “Muy simple”, largó por fin, mirando a mi jefa llena de coquetería, “sentirnos cómodos en nuestro cuerpo, y de esto Mari aquí presente sabe mucho...” “O sea que propones un centro de cosmética...” largó la Silvia a toda velocidad.

“No exactamente” alcanzó a contestar la bonita cuando empezó a escucharse el pito de una máquina retroexcavadora.

Todos nos quedamos escuchando y ahí fue cuando la puerta del comedor se abrió. No te imaginas quien... Ya me decía yo que su enfermedad era bien rara: la señora Juana caminó hacia nosotros apoyada en su bastón y dijo que nadie le había pedido su opinión, y que ella opinaba..”

---

## Ajuste de cuentas

Cuando los automóviles atravesaron el portón de la parcela, Chiluco, el cuidador, salió de la casita donde vivía con su mujer y le gritó: “Maruja, ¡llegaron!” Ella rápidamente llamó desde su celular a Sonia y a Elvira, las dos mujeres que habían atendido a la señora Giulia en los últimos días de sus ochenta años. Las dos apuraron los quehaceres domésticos y se dirigieron “donde los italianos”, como llamaban a la parcela en que trabajaban sus compadres, el Chiluco y la Maruja.

La casona de la familia Galli, construida en los años 30 como parte de una quinta de vacaciones, lucía descolorida y ruinoso. Heredada de sus padres, la había habitado hasta hacía un mes, la hija soltera de don Giuseppe Galli, comerciante de zapatos en Valparaíso. Los descendientes de Giulia, la tía Giulia, habían acordado reunirse en la casona de la quebrada a leer su testamento. Su único hermano vivo, Luca, quince años menor – hombre distinguido y elegante, según las antiguas amigas de Giulia– estacionó su Alfa Romeo lejos del silbido de las casuarinas para evitar que se lo mancharan las tencas.

Una bandada de tordos pasó rauda hacia el oriente mientras Anabella, sobrina de tía Giulia, abría la casa. Arnoldo, su primo mayor, ariscó su filuda nariz al entrar y comenzó a destrabar los ocho ventanales de medio punto del frontis. Anabella se le acercó y con el rostro contraído le susurró que para ella

era muy duro estar ahí, que había tantos recuerdos, que ella no sabía si podría resistirlo. Arnoldo la miró sorprendido, entonces, Luisa -la menor de las sobrinas- preguntó: “¿tantos recuerdos tienes tú, Anabella?... si casi no venías...; en realidad, ninguno de nosotros venía a ver a tía Giulia... excepto, tal vez, Arnoldo de pequeño...” “No discutamos Luisa, ya lo hicimos bastante con la historia esa del ataúd que la tía había elegido...” contestó Anabella muy seria.

Arnoldo acercó un par de sillas y tomaron asiento junto a la mesa de roble que enfrentaba los ventanales. Luisa, observó con detención las patas talladas de la mesa, luego asomó su cara de plato por una de las ventanas y se preguntó por qué Chiluco se afanaba en barrer la tierra. Anabella, entretanto, repartió las copias del testamento que ella misma se había encargado de sacar, se aclaró la garganta, y sin soltar el pañuelo de su huesuda mano izquierda le dijo al tío Luca que ella no podía, contuvo un sollozo, agregó entre suspiros que había que sobreponerse e inició la lectura.

Cuando en voz alta terminó de leer la frase “lego a mis sobrinos la propiedad donde vivo con todo su contenido...” abruptamente detuvo la lectura y sentenció: “Yo creo que la tía se equivocó. Nadie, afirmó categórica, nadie puede saltarse así como así al descendiente vivo, más directo, su hermano, nuestro tío aquí presente.”

Luisa y Arnoldo intercambiaron una mirada y empezaron a dar vuelta las páginas del documento. Afuera, Chiluco, que se había apostado bajo uno de los ventanales, le comentó a Maruja: “empezaron, yo sabía.” Luca pasó su delgada mano por su pecho, inspiró y expiró ruidosamente y guardó silencio. Luego de escuchar su bufido, Arnoldo, rozó su hombro y le dijo “bueno, tío, no es para tanto, total tú tení de sobra...”

“No se trata de eso –se apresuró Anabella– simplemente, no es lo adecuado. Este lugar y todo lo que hay adentro es del tío ahora, aquí vivieron sus padres, aquí... –su voz temblaba; ¿tienes hartos recuerdos de acá no es cierto tío?” preguntó, pues había que ser amable con los mayores y, por supuesto, respetar las leyes. Hasta donde ella estaba informada, agregó sacando la voz otra vez, al familiar más directo le correspondía la herencia.

Luca observó su entorno: los sillones franceses, las lámparas y jarrones Galle, los óleos que había pintado su padre en un arrebato impresionista, el cuadro de los bisabuelos en Italia, las porcelanas y platos ribeteadas de dorado. ¡Qué mal gusto habían tenido siempre los de su familia y qué incómoda su actual posición de “descendiente directo”! Se limpió una pelusa que había caído sobre la manga de su terno Ziano Montello, sonrió levemente a sus sobrinos y luego su mirada se posó de manera rápida aquí y allá, como si para sus pequeños ojos claros no fuese placentero detenerse en nada de lo que veían; en vistas de lo cual, y haciendo caso al gesto de la mano de Arnoldo, Anabella siguió la lectura.

Bajo el ventanal, Chiluco y Maruja comentaban que no era poco lo que doña Giuli dejaba; además, existía la diferencia esa con el hermano, estaban murmurando, cuando vieron aparecer a Sonia y Elvira entre los ligustros. “¿Ya empezaron?” preguntó Sonia mientras Elvira le tiraba manotazos al perro que la había seguido desde su casa. Chiluco las hizo callar y regresó a su barrido. “Ustedes saben lo que pensaba la señorita Giuli de ellos –dijo Elvira señalando la ventana– aunque al final la pobrecita se contentaba con sus visitas de última hora. Pero dígame Maruja, cuándo antes habían venido a verla, yo los conocí ahora recientito no más...” Maruja la obligó a bajar la voz, y no pudo evitar decirle que ella a don Luca sí lo había visto un par

de veces, cuando –años atrás– también venían las amigas de la señorita Giuli.

Las joyas, leyó Anabella: “dejo mis joyas a... excepto un reloj y un collar de fantasía que me regaló mi hermano alguna vez, esos deseo que le sean devueltos. Además quiero que se le pague lo que me prestó...” Luca movió su cuerpo como si le estuviesen haciendo cosquillas.

“Parece que nos dejó la casa de la entrada...” sopló Maruja a Chiluco, quien ya tenía barrido todo el terreno que enfrentaba los ventanales. “¿Nos tenemos que ir?” le preguntó él sin entender y ella lo hizo callar bajando la mano.

“La señorita Giuli siempre fue generosa” –conversaban Elvira y Sonia alejándose hacia sus casas. “Mire que dejarnos un dinerito, y tanto que sufrió la pobrecita –señaló Sonia– tan re perdida que estaba al último, se recuerda, alegaba que por qué la habían llevado a vivir donde su hermano Luca a la ciudad, y nosotras no la podíamos convencer que estaba aquí en su quinta de siempre...” “Fue buena la idea del Chiluco –murmuró Elvira sonriendo– eso de sacarla en andas a dar una vuelta por el patio.” “Claro –agregó Sonia con entusiasmo mientras seguía el vuelo de los tordos hacia el poniente– ahí no más que se dio cuenta que estaba aquí en la quebrada.” “Y, cómo se contentó al entrar otra vez a su pieza y reconocer... ¿se recuerda, Sonia?...”

Anabella opinó que el testamento debía ser revisado por un especialista, porque ella tenía serias dudas de que la tía estuviera en lo correcto. Entonces, Arnoldo levantó los hombros y largó una carcajada: que la tía se hubiera equivocado... ¡imposible! ella sabía muy bien lo que hacía... y lo que decía, recaló. “Y por lo demás no creo que tío Luca esté tan desesperado...” – hizo un gesto de menosprecio con los labios. “Ellos tendrían sus entuertos, primita –señaló extendiendo las vocales y volviéndolo-

se hacia Luca continuó— ¿no es cierto tío?... para qué meternos nosotros, Anabella”

“No estoy de acuerdo contigo, Arnaldo, tú estás riéndote de algo muy serio, es la propiedad y son las cosas de nuestros... —levantó la voz— antepasados, esos italianos que se vinieron...” se interrumpió al escuchar a Luisa: “qué tanto, si nosotros los sobrinos también somos descendientes de ellos ¿no?...”. Los silloncitos franceses se verían bien con otro tapiz, pensó Luisa y los invitó a un café en la cocina, invitación que Luca declinó: prefería dar una vuelta.

Recorrió las habitaciones lentamente hasta llegar al dormitorio de su hermana Giulia. Abrió la puerta: ahí estaba la cama grande que había sido de su madre, el velador que le hacía juego y el tocador con su cortinita de velos rosados como el cubrecama. Descorrió el lino que cubría los ventanales y observó que miraban hacia el limonar: de los viejos árboles colgaban algunos frutos sin cosechar, los yuyos floridos tapaban la tierra, había una pala y una carretilla dejadas a un costado. Se preguntó cuánto tiempo llevarían ahí botados. Le pareció que todo se veía decrepito y abandonado. ¿Por qué Giulia había decidido quedarse ahí sin los medios para mantener la propiedad? ¿por qué no había vendido si la quinta ya no rentaba? En el pasado, cuando sus padres aún vivían, le habían insistido a él que se encargara de la antigua lechería, que ayudara a Giulia con las cuentas para que ella no trabajara tanto. Giulia trataba con los campesinos, con las lecheras. Giulia vendía la fruta, Giulia había preparado un risotto... Giulia, siempre ella...

Pero él había hecho una fortuna importante. Él estaba bien situado en la vida, seguro. Aunque en ese momento sentía que algo le molestaba y lo tenía malhumorado. Acercó un sillón al ventanal, lo abrió y se sentó a escuchar el canto de los pájaros.

Cantaban como si fuera el último día, la última oportunidad para hacerlo. De pronto recordó a su hermana en tiempos de sus padres, llevando la fuente de tiramisú a la mesa; luego evocó esas opiniones suyas, dichas aunque no se las pidieran; a él le había hecho saber de manera indirecta que lo encontraba superficial, avaro y despilfarrador; y él se consideraba sencillo, adecuado en sus gastos y... en la ayuda que prestaba.

¿Por qué devolverle, a través del testamento, el dinero que él le había prestado? Ella le había pedido hacía unos años una renta mensual –recordó; le había pedido una cifra poca, insignificante y él se la había dado por un tiempo... ¿qué había pasado después...? el compromiso se le había vuelto incómodo, a veces estaba de viaje... ¿no había sido en la época que mandó construir el mausoleo familiar...? “Es una fastuosidad...” le había alegado ella. El mausoleo se adecuaba muy bien a la posición que él había alcanzado, pensaba él. “Es algo desproporcionado, fuera de toda medida” había comentado Giulia a sus amigas y él se había enterado.

Su hermana –pensó, divisando el movimiento de las ramas de un par de eucaliptus en la distancia– no se había valorado en lo que ellos, los Galli, eran. Qué otra cosa podía significar el horrible, vergonzoso ataúd que había elegido: ¡pino claro, cordeles por manillas! “Un ataúd de pobre” había susurrado Arnoldo. Llevarla en la procesión por el cementerio en ese... cajón... al mausoleo...

Y, ¿qué era eso de devolverle también aquel reloj y ese collar, dos fantasías finas que él le había traído, no recordaba de cual de sus viajes? suspiró, se puso de pie, y estaba por cerrar la ventana cuando aparecieron Chiluco y Maruja.

“Don Luca, lo estábamos buscando. Queremos conversar con usted, la señorita Giulia —que en paz descanse, agregó Maruja— nos dijo que había arreglado para que... ¿con quien tenemos que hablar ahora, don Luca?...”

Luca los miró desganado, desplazó su mirada hacia los torcos que sobrevolaban los yuyos en ese momento, levantó los hombros y terminó de cerrar la ventana.



Este libro se terminó de imprimir  
en el mes de octubre del año 2015,  
en los talleres de Gráfica Copy Center,  
Santo Domingo 1862, Santiago de Chile.

